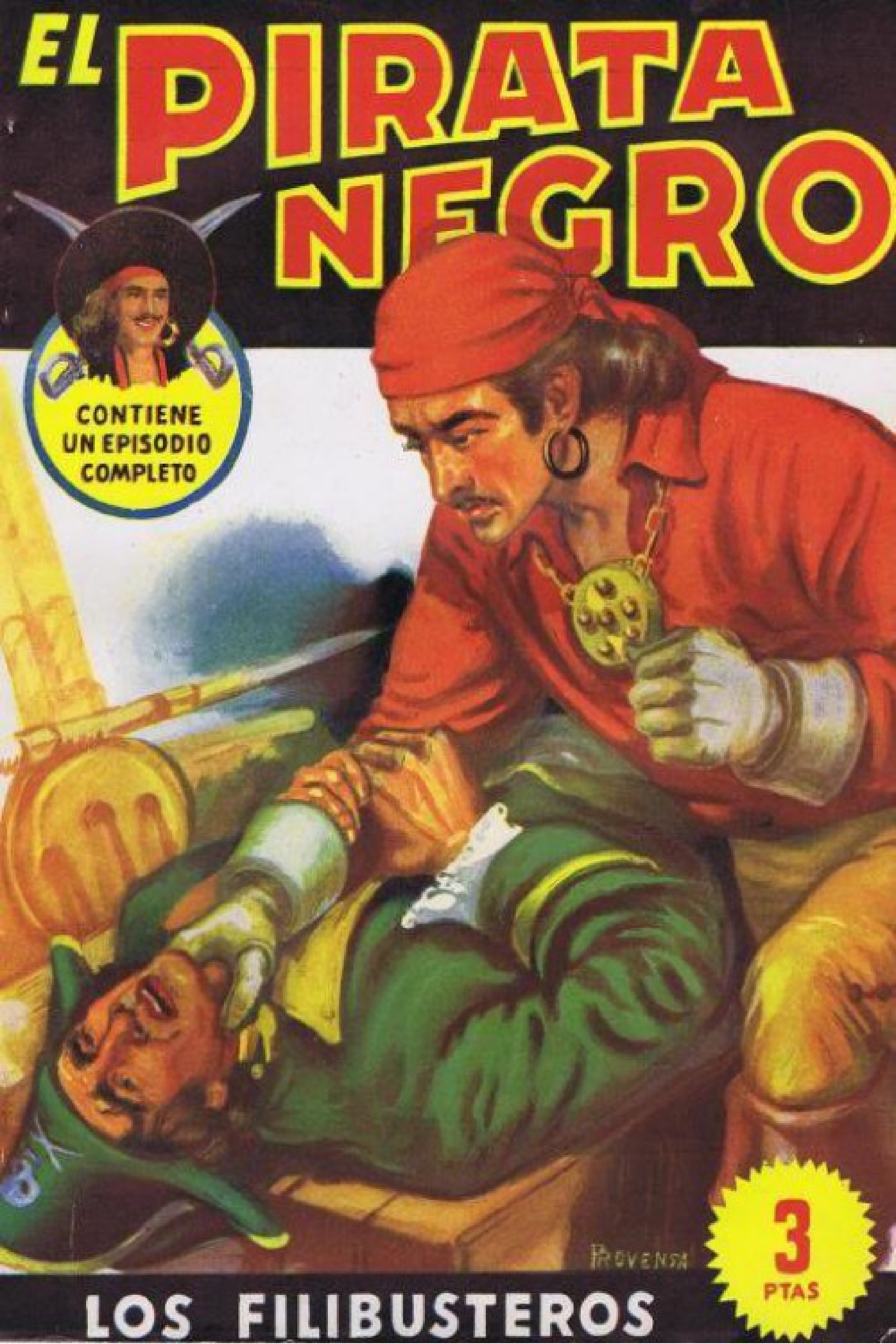
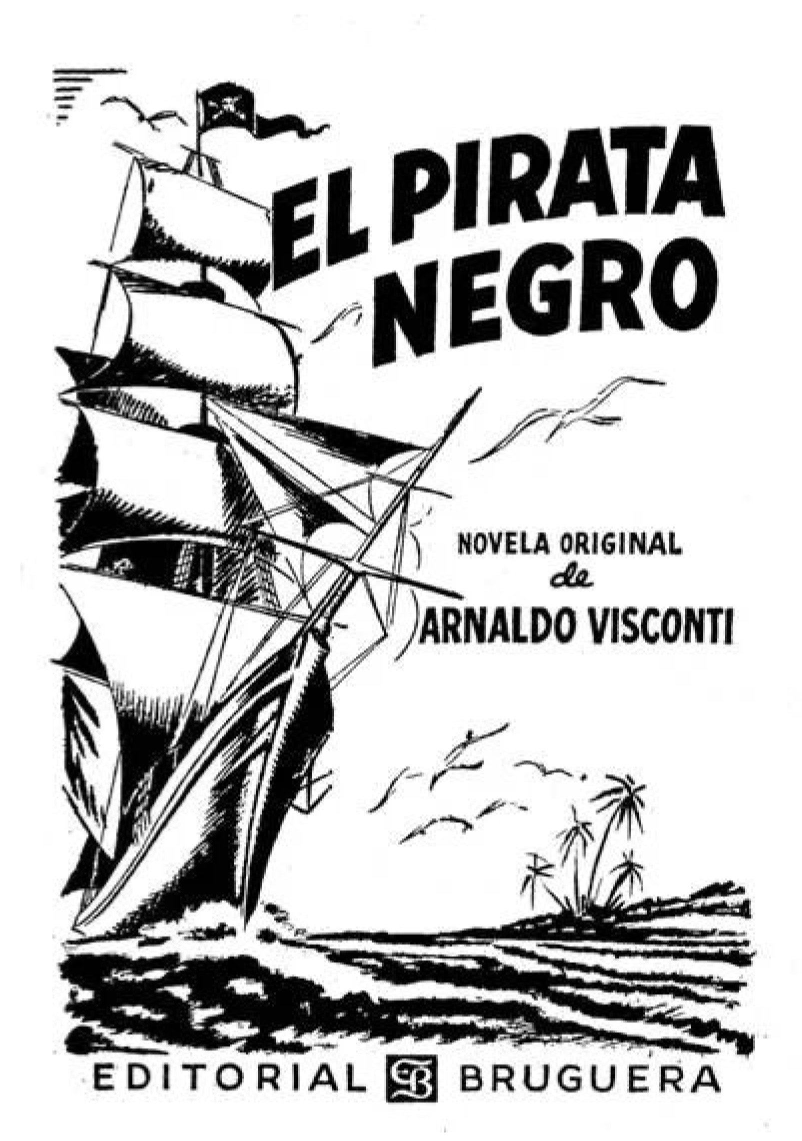

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSA
3 PTAS
LOS FILIBUSTEROS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los Filibusteros

Colección El Pirata Negro n.° 11

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


Los
FILIBUSTEROS

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Cockin acata la ley

En la ascética sala-refectorio, de desnudas paredes encaladas y lisas mesas de pino sin pintar, notábase el contraste entre la austera habitación y los ostentosos penachos de los chambergos y los vistosos colores de las vestimentas de los que se congregaban en pie, discutiendo acaloradamente y empleando términos malsonantes.

Pero lo que más desentonaba en aquella estancia que hablaba de recogimiento y reverentes meditaciones, era el gran lienzo negro que clavado por sus cuatro esquinas con puñales, exhibía un dibujo trágicogrotesco: un esqueleto humano sosteniendo un vaso ancho en una mano y una espada sangrienta en la otra.

Era el pabellón del capitán filibustero Robert Cockin.

Cesaron las discusiones cuando en la sala entró el capitán Cockin, acompañado de otro capitán filibustero, James Bratt. Ambos fueron a sentarse tras la mesa que por mantel lucía el pabellón filibustero de la “Revenge”, la nave de Cockin.

Robert Cockin pegó un sonoro puñetazo en la mesa.

—¡El diablo cargue con mi alma!—gritó con todos sus pulmones —. ¿No dije que ante mi tribunal aguardara ya el reo que debo juzgar? ¿Dónde están los alguaciles?

Apresuradamente entraron en la sala varios filibusteros que llevando en la diestra erguidas verticalmente palancas de hierro y punzones, trataban de desempeñar adecuadamente con ellas los símbolos de todo alguacil de los tribunales civiles londinenses. Pero no habían hallado varas rematadas por borlas de flecos áureos.

Encuadrado entre ellos otro filibustero maniatado andaba fatigosamente, y su casaca destrozada por la espalda, mostraba los

jirones de su carne convertida en pulpa sangrienta.

La comitiva se detuvo ante Robert Cockin y James Bratt. El capitán Cockin quitóse ceremoniosamente el chambergo negro que en su ala vuelta hacia arriba mostraba las incrustaciones en plata de una calavera bajo la que se cruzaban dos tibias.

—Hasta hoy, con mi sola palabra bastaba para ahorcar a un piojoso filibustero que merecía la muerte. Pero el muy honorable capitán Tramp, ha decidido visitarme para llegar a un buen acuerdo de alianza. Sé que está al llegar y quiero que quede bien impresionado. Que sepa que yo acato la ley. Que no sea dicho que Robert Cockin es un salvaje grosero. Me he nombrado por mi categoría, presidente-juez de este tribunal que juzgará a este infecto criminal de cara de mil demonios, que se ha atrevido a refugiarse en la cala del "Revenge" mientras todos los demás luchaban contra la tormenta. He nombrado fiscal acusador a mi excelente amigo e imparcial caballero, el capitán James Bratt. Os doy la palabra, capitán Bratt... digo, excelente fiscal.

James Bratt levantóse con digno ademán, quitándose su tricornio.

—Veamos, usía, y vosotros todos que escucháis y componéis mi jurado. Aquí tenéis ante vosotros a un individuo que es un perro miserable, un perro miserable, y yo humildemente pido a usía que lo mande ahorcar inmediatamente, inmediatamente. Ha cometido actos de cobardía en alta mar, y voy a probar que este sujeto, este perro miserable aquí presente, ha hurtado el bulto un millar de veces durante las tormentas, y es más, se puso a salvo mientras el barco era azotado furiosamente. Yo digo que este perro, y perdone usía, este perro no ha nacido para morir ahogado.

Robert Cockin escuchaba con delectación asintiendo solemnemente a cabezadas lentas ante las palabras del improvisado fiscal, que tan a la perfección imitaba el "florido" estilo fiscal.

—Habláis con elocuencia, excelente fiscal—reconoció Cockin—. Ninguno de nosotros negará que es grato escuchar a un fiscal que como vos no pone en peligro nuestras vidas...

La tosca chanza del presidente también improvisado, provocó risas en el auditorio, y James Bratt continuó su "acusación":

—Este perro miserable ha desvalijado mi cofre y cuando fué azotado, azotado, dijo que pensaba retirarse de la crapulosa vida

filibustera. Pero no es esto todo, usía; ha cometido peores villanías, y está probado que es reo del delito de beber cerveza floja, cosa que como usía sabe bien, es indicio de malos instintos. Nunca jamás hubo hombre abstemio que no fuese un criminal traidor.

—¡Llamo la atención al excelente fiscal, mil diablos nos condenen!—clamó Robert Cockin, pegando un recio puñetazo encima del pabellón que cubría la mesa—. ¡Bebedores de agua hay muy dignos!

James Bratt quedóse asombrado: conocía la repugnancia manifiesta del capitán Cockin hacia el líquido elemento que no contuviera alcohol. Pero comprendió cuando Cockin aclaró recelosamente:

—No divaguéis por el camino de la "Abstemia", fiscal. Recordad que el honorable capitán Tramp bebe tan sólo agua. Proseguid.

—Yo quisiera hablar con más finura que la que uso, usía; pero su señoría bien sabe que nuestro ron se ha acabado y no es posible que un hombre hable en buena ley cuando no ha bebido ni una gota. Sin embargo, espero que su señoría condenará a este individuo a la horca.

Robert Cockin asintió y calándose de nuevo el chambergo, adelantó el robusto tórax, extendiendo sobre el pabellón sus largos brazos y encarándose torvamente con el acusado.

—¡Malandrín, piojoso, desgraciado, miserable perro! Permito que hables en tu defensa. ¿Qué tienes que decir para no ser inmediatamente colgado hasta secarte al sol como un espantapájaros? ¿Eres culpable o inocente? ¿Qué respondes?

—Bien sabéis, mi capitán, que inocente soy—dijo con voz débil el filibustero cuyos tambaleos no eran seguidos de desplome en el suelo porque los "alguaciles" le azuzaban con sus punzones obligándole a sostenerse en pie.

—¿Inocente? — gritó Cockin—, ¡Vuelve a decirlo, mil demonios me coman, y te mando ahorcar sin más proceso!

—Mi capitán, yo soy...—empezó a murmurar el filibustero.

—¡Llámame "usía", maldito seas!

—Al honor de usía confío mi vida—dijo el reo—. Yo soy un tan honrado filibustero como los demás y jamás anduvo sobre cubierta de barco tripulante que mejor maniobrase, rizase, timonease y atase dos cabos de verga a un batalón, como yo. Las acusaciones son

falsas. Yo soy el que acusa de que James Bratt me azotó porque quise abandonar la profesión filibustera, y no robé su cofre, ya que todos sabemos que nadie entrar puede en su camarote...

—¡Tiene el demonio en el cuerpo este perro!—aulló James Bratt, encendido el rostro en cólera. El hecho de que el reo no mintiera, en nada atenuó su cólera—. ¡A la horca con él, usía!

—¡Silencio! — atajó Cockin—. Yo acato la ley que es lo que quiere el capitán Tramp. Contesta, granuja de reo. ¿Cómo quieres ser juzgado?

—Como inglés y como hombre honrado.

—¡El diablo cargue contigo! Bien, señores del jurado, yo creo que ya está todo en regla y no me queda más que dictar sentencia.

—¡Dejadme defenderme, mi capitán!—exclamó el preso—. Quiero demostrar que James Bratt ha mentí...

—¡Yo soy el fiscal!—rugió James Bratt—. Ved, usía, que debemos evitar que el acusado cuyos horrendos delitos han quedado demostrados, pase por el sufrimiento de hablar. Si hablase sería una afrenta para el tribunal.

—Espero, usía, que su excelencia tomará en consideración... —quiso protestar el debilitado filibustero.

—¿Consideración? — bramó Cockin—. ¿Qué diablos hablas, mentecato? ¡So granuja, so bribón! ¡Yo nunca he tenido ni quiero tener consideración a nadie en mi perra vida! Y menos consideración voy a tener a un traidor como tú.

—¡Es ley que vos escuchéis mis razones, si juez os pretendéis!—gritó el reo en último esfuerzo, flaqueando sobre sus rodillas temblorosas.

—¿Oís lo que dice este sinvergüenza?—exclamó Cockin—. Quiero que sepas, pillastre redomado, notorio pícaro traidor, que no he venido a sentarme aquí para escuchar razones. Yo me guío por la ley... Y, a propósito, tú, cocinero, ¿no está ya preparada la comida?

Uno de los filibusteros que asistía al simulacro de juicio, asintió respetuosamente a la vez que abandonaba la sala.

—Bien, hora es, pues, de comer—declaró Cockin—. Oye, miserable acusado; abre bien los oídos, pícaro. Decido que seas condenado a muerte en la horca por estas tres razones: primera, porque no es de ley que yo me siente aquí como juez sin que alguien no muera ahorcado. Segunda: tú debes ir a la horca porque

tienes una maldita cara de ahorcado, y tercera, debes ser ahorcado porque tengo hambre y estoy informado, so granuja, que es costumbre vieja en los tribunales de Londres que cuando está lista la comida del juez antes de terminar el juicio, el reo debe morir ahorcado enseguida. Esta es la condena que te doy, perro miserable. ¡Ea, alguaciles, cargad con él de la rama más fuerte de la playa.

Con clamores de entusiasmo, la reunión de filibusteros corrió tras los alguaciles que a palancazos y aguijoneando con sus punzones conducían, al pobre diablo hacia la cercana playa...

A solas con James Bratt, Robert Cockin quitóse el chambergo y dijo:

—Acatamos la ley, capitán Bratt. Ya sé que esto le gustará al muy honorable capitán Tramp.

CAPITULO II

El Muy Honorable capitán Tramp

Can altivo continente, no exento de elegancia, Chester Tramp, cuando se presentaba ante persona que juzgaba instruida, declinaba sus cualidades que estimaba propias de respeto: “Soy Chester Tramp, londinense por nacimiento, cantabridgiano por estudio, por educación, cortesano, por afición hombre de mar y de Su Graciosa Majestad recibí el título que dignamente porto de Muy Honorable Capitán”.

Entre la extraordinaria fauna humana de seres excéntricos, crueles y geniales a veces, que infestaban el mar Caribe, el Honorable Capitán Tramp adquirió pronto renombre. Había pertenecido a la Armada Real de la que fué expulsado por haber dado muerte a su contramaestre “culpable del delito de beber “brandy” estando de servicio”, como alegó fanáticamente convencido de que la razón lo asistía ante el Tribunal Marítimo.

Consideróse vejado cuando se le dijo que a bordo de barcos de Su Majestad Británica la ley la imponían los tribunales, y ningún capitán de barco podía dar muerte por su mano más que en casos de insubordinación.

Y por la bagatela de un vaso más o menos de “brandy”, matar era un delito. Si no sufrió cárcel fué debido a su brillante hoja de servicios en lucha contra los piratas normandos.

El Honorable Capitán Tramp tenía ahorros, dada su morigerada vida de hombre sin vicios. Adquirió un barquichuelo de doscientas toneladas, el “Resistance”, que aunque pequeño, era de bella construcción, rápido y manejable, bien armado y tripulado por marinería de primera clase. Se hizo a la mar partiendo rumbo a las Américas, y atravesada la línea ecuatorial declaró a su tripulación

que “el jefe honorable podía seguir siéndolo aunque en filibustero se convirtiera como había decidido convertirse”. Añadió que a nadie obligaba a seguirle, y que todo aquel que desease regresar a Inglaterra, lo manifestase sin demora. Una treintena de hombres declararon que no querían ser filibusteros.

Por la noche del mismo día en que Chester Tramp expuso su intención de adoptar la profesión de filibustero, los treinta hombres que deseaban volver a Gran Bretaña, fueron acuchillados en sus literas por orden del reciente jefe filibustero. Y para demostrar que su nueva declaración de fe filibustera era arraigada, Tramp ordenó que fueran subidos a cubierta los treinta cadáveres. Ante la tripulación reunida expuso con rígida frialdad de antiguo marino real, que declarábase en rebeldía ante las autoridades marítimas, pero que a su bordo la única ley sería la suya, y que procuraría fuera ley justiciera.

Mandó izar el pabellón que pacientemente había estado cosiendo en la soledad de su camarote: le representaba con bastante exactitud de cuerpo entero, espada en mano, pisoteando varios cráneos de esqueleto. Y a continuación pasó ante los alineados cadáveres.

Su espada fué hundiéndose sucesivamente en todos los pechos fríos y sin aliento de los que no habían querido servirle como filibusteros.

—Quien ordena muertes, en ellas debe participar. Si os cuelgan, al primero que colgarán a mí será—declaró austeramente.

Durante dos años, el “Resistance”, hábilmente manejado por el experto marino, asoló, saqueó, hundió cuanta nave pudo. Hecho curioso: elegía con preferencia naves francesas, y nunca atacó una sola nave inglesa.

Su nombre empezó a sonar con el aditamiento a veces burlón a veces respetuoso, de “Muy Honorable”. Su pabellón filibustero era ya temido, y aunque poseía ya una flota compuesta de cinco goletas de gran tamaño, pintadas sombríamente de negro, él continuó mandando las operaciones desde el ágil velero “Resistance”.

Su fama, no sólo debióse al poderío que fué ganando lentamente, sino a su extraordinario carácter austero. En primer término no bebía sino té, y sin temor a error podía asegurarse que era el único abstemio de la marinería de las Antillas. Era también

estrictamente disciplinario y a bordo de su barco todas las luces tenían que apagarse a las ocho en punto. Cualquiera de los miembros de la tripulación que quisiese continuar bebiendo después de esa hora tenía que hacerlo en cubierta, y los paseos ante el del capitán Tramp, serio y ceñudo, les quitaban la sed. Pero también era reconocido que todos los esfuerzos de aquel entusiasta apóstol de la sobriedad para acabar con el alcoholismo, no daban mucho fruto.

No permitía que se trajera a bordo a mujeres; y dictó una ley por la que se condenaba a la horca a todo hombre de su tripulación que contraviniese este precepto. Había, además, prohibido a sus hombres jugar a las cartas cualquier cantidad de dinero por insignificante que fuese.

A las mujeres que caían prisioneras, y en espera de su rescate, acostumbraba ponerlas una guardia de protección, y aunque resultase sospechoso que este honor se lo disputasen acaloradamente muchos tripulantes, el hondo temor que Tramp imponía por su continua vigilancia implacable, garantizaba la salvedad de las prisioneras.

No permitía riñas a bordo, y había dictaminado que todas las diferencias razonable que surgían entre los marinos debían ventilarlas al tocar tierra, armados de sendas pistolas y machetes.

La sobriedad a bordo y el respeto a la mujer, no eran leyes que atrajeran a los filibusteros, pero pasaban por ellas, porque bajo ningún jefe podrían obtener las pingües ganancias que la inteligencia y sabia acometividad de Chester Tramp les proporcionaba.

De estatura elevada y muy pulcro, Chester Tramp ostentaba una figura levemente obesa, de rostro redondo y rasurado. Llevaba siempre el mismo atavío; en el chambergo de ala vuelta, a la usanza filibustera, con la calavera de plata y los fémures, clavaba una vistosa pluma roja. Usaba casaca y calzones de valioso damasco negro, y llevaba al cuello una magnífica cadena de oro de la que pendía una preciosa figurilla de nave formada enteramente de diamantes.

Su espada tenía empuñadura de oro y esmeraldas y llevaba dos pares de pistolas sujetas a unos cabestrillos de seda que le pendían de los hombros. En el cinto hundíase el “puñal de gracia” porque

sabíase que era con el que Chester Tramp daba el último golpe a los que mandaba matar o ahorcar y también porque había declarado que antes de caer preso por Tribunales Marítimos ingleses se abriría el cuello con aquel mismo puñal de pomo incrustado en esmeraldas.

Y éste fué el hombre que una mañana apacible de junio del 1700, desembarcó en la isla de Saint Kitts, del grupo de las Barlovento.

Las seis naves de su flota filibustera quedaron ancladas a la vista de la gran playa, donde aguardaban, cabeza descubierta, los capitanes Cockin y Bratt. En el promontorio rocoso que festoneaba la playa, las dos tripulaciones filibusteras de Cockin y Bratt estaban en pie, formados en cuatro hileras de a fondo.

El Muy Honorable Chester Tramp destocóse el chambergo y con él señaló a los cinco hombres que a respetuosa distancia de dos pasos le acompañaban.

—Presento a mis “lords”, señores capitanes Sympson, Ashes, Antis, Dennis y Owel—dijo con empaque que nada tenía de afectado—. Aunque yo soy harto conocido, tengo a bien declinar mis categorías: Soy el Muy Honorable Capitán Chester Tramp, londinense por nacimiento, cantabridgiano por estudio, cortesano por educación y hombre de mar por afición.

—Servidores vuestros somos, Honorable Capitán—dijo pensando y sopesando mucho sus palabras Robert Cockin—. Deseosos de entrar a vuestro servicio: ese es James Bratt y yo soy el también muy conocido Robert Cockin.

Cubriéronse los siete capitanes cuando lo hubo hecho Tramp.

—Si os deseáis agregar como capitanes a mi flota, necesario es, señores, que antes con vuestra tripulación oigáis mis habituales reconvenciones y advertencias. Puesto que un día lejano ya, decidí —hundir mis manos en el agua turbia de la filibustería, manifesté con ello bien a las claras mi decisión de preferir ser un honroso comandante de bandidos a ser un simple hombre vulgar.

Aquella manera de expresarse tan elegante, si poco amable, tuvo la virtud de dejar boquiabiertos de admiración a Cockin y Bratt.

—Acompañadme “lords” — dijo Tramp imperativamente, y adelantóse hasta la base del promontorio rocoso, colocándose tras la mesa con el pabellón de Cockin que estaba instalada en la playa.

Miró despacio a todos los filibusteros reunidos, mientras sus

dedos recorrían incesantemente los eslabones de la cadena de oro que de su cuello pendía.

—¡Filibusteros ingleses!—dijo con voz potente—. Es preciso que comprendáis que por ser ingleses, debéis ser distintos a la turba de pecadores degenerados que navegan por estos mares. Cuantos hombres entran bajo mi pabellón han abandonado la práctica de ociosos vicios inútiles, tales como blasfemar, beber y jugar. Y por eso mis filibusteros van atesorando una fortuna que dentro de pocos años les permitirá retirarse donde elijan, y vivir el resto de sus días en abundante riqueza y comodidad.

La última parte de su principio de discurso tuvo más grata acogida que el inicio entre los filibusteros que aleccionados por Cockin y Bratt con abundante ayuda de blasfemias, sabían ya que el "Honorable Capitán Tramp era raro, pero enriquecía a quien le sirviera".

—El mar, filibusteros que me escucháis, es imperio donde se mece la riqueza, pero sólo los hombres mandados por un rígido comandante de mi alcurnia, pueden apresar con solidez futura esa riqueza. Corsarios y piratas violan, se embriagan, blasfeman y juegan. ¿Y sabéis cuál es el resultado? Mueren mal famados y sin un ochavo. También antes de yo convertirme en filibustero, vosotros imitabais a nuestros rivales piratas y corsarios. Os faltaba un dirigente sesudo; os faltaba un hombre de mi honorabilidad que reuniendo vuestras nulidades hiciera de los filibusteros una fuerza invencible. Los capitanes de poca monta en la filibustería han sido cogidos y colgados por piratas y corsarios: quedaban sólo los "lords" que veis en mi compañía. Unidos conmigo hemos logrado que en el Caribe huyan piratas y corsarios ante la aparición de mi pabellón. ¿Sabéis por qué? Porque ellos no saben unirse; solo saben violar, blasfemar, jurar y embriagarse. Quedaban sólo vuestros dos capitanes, mis "lords" ahora, señores Cockin y Bratt. Les mandé noticia de que unidos a mí, serían pronto hombres ricos y ricos seríais vosotros. Ocho goletas a mi mando, y el Caribe es nuestro.

La elocuencia del austero y rígido ex oficial contagió de entusiasmo a los filibusteros auditores. La repetición de la palabra "ricos" les complacía: manifestaron su aprobación, obedeciendo a una señal de Cockin. Sus chambergos, que en la mano llevaban, fueron lanzados por tres veces al aire, y la típica exclamación

inglesa atronó el soleado espacio libre:

—¡Hurra, hurra, hurra!...

La guturalidad febril de las exclamaciones fué bien acogida por el capitán Tramp.

—Así como os prometo riquezas, tengo que amonestaros, ya que yo tengo la obligación de velar por los intereses de la comunidad que vamos a formar. Al primero de vosotros que yo sepa ha blasfemado, o ha tomado licor a horas indebidas, le mandaré atar a un poste y será azotado. Después, sobre las heridas se le echará salmuera, como escarmiento para el resto de la tripulación. ¡Capitán Cockin, capitán Bratt! Si mis lores queréis ser, y ya que representáis a vuestros hombres, os doy un momento para reflexionar y considerar cuán poco placer y qué inmenso daño os provendrá imitando los vicios de nuestros enemigos piratas y corsarios; os doy la oportunidad para que, obedeciendo mis leyes, expulséis de vuestro seno las impurezas que puedan obscurecer vuestro bienestar. Si no aceptáis mis consejos, quedaréis al margen de mi protección. Deliberad libremente.

Chester Tramp alejóse unos pasos, conversando con sus lores. El capitán Cockin asió de la manga a Bratt, llevándolo apartado.

—Ese parlanchín es un predicador—dijo Bratt, irritado—. Si no se puede remojar el gaznate ni rascarse la garganta hablando claro, yo prefiero ser libre y continuar independiente con vos, capitán Cockin.

—Tened juicio, ¡mil diablos coronados!—Y, apenas hubo lanzado su terno, Cockin miró receloso hacia Tramp, pero se tranquilizó al ver que no había sido oído. —Aliándonos bajo sus órdenes, nos conducirá a grandes empresas que solos no podemos intentar. La unión hace la fuerza, capitán Bratt. Y... ¿os habéis dado ya cuenta de lo bien que habla ese compadre? Me enternece oírle... Vamos a decirle que estamos con él, a todo dispuestos.

Y Robert Cockin, deseoso de demostrar que él también sabía hablar elocuentemente, acercóse de nuevo a Tramp y sus oficiales, y, levantando una mano que agitó en dirección a los filibusteros alineados en lo alto del terraplén rocoso, tosió para aclararse la garganta:

—¡Oídme, filibusteros! Como quiera que sea que yo opino que ahora que nos hallamos sobrios debemos proceder a rescatar el

mandato de un hombre de coraje y práctico como lo es en la navegación el honorable capitán Tramp, que por su entereza y bravura es el más capacitado para defender nuestro bienestar y que sepa librarnos de las peligrosas naves piratas y corsarias, admito su mando y le reconozco como caballero en mi sentir, digno en todos los respetos de vuestra estimación y fidelidad ciega. Y, ¡mil dia...!—tosió Cockin apresuradamente—, y os afirmo que el que incumpla la ley del honorable capitán Tramp le sacaré yo mismo las tripas al sol. He hablado. Podéis hablar, capitán Bratt.

—Lo dicho por mi excelente amigo es lo que yo digo. Reconozco la autoridad del capitán Tramp.

Chester Tramp avanzó jugueteando con los eslabones de su cadena de oro.

—Acepto el mando—dijo con sencillez majestuosa—. Si hoy tengo que pronunciar discursos para que me conozcáis, os garantizo que sé también saquear, y que cuando hallo resistencia, extermino. Os haré ricos, pero desde este instante os considero filibusteros a mis órdenes. Por tanto, así como afirmo que moriré con las botas puestas y sobre mi tumba líquida o sólida podría colocarse un epitafio que dijese: “Aquí yace un inglés valeroso”, también os afirmo que en mi barco la horca está siempre dispuesta. ¡Señor Sympson! Leed mis precios.

Uno de los oficiales avanzó y, colocándose al lado de Tramp, desenrolló un recio papel. Leyó en voz sonora:

—“Precio que el honorable capitán Chester Tramp, comandante-jefe de los filibusteros ingleses, paga por miembros perdidos de los hombres a su servicio: Por el brazo derecho, mil piezas de a ocho en oro...”

—¡Hurra, hurra, hurra!—El triple grito ensordeció la voz del lector, que aguardó unos instantes para proseguir leyendo:

—“Por el brazo izquierdo, novecientas piezas de a ocho en oro. Pierna derecha, novecientas mismas...”

—¿Mismas?—gritó Cockin—. Aclarad, os ruego, señor Sympson, esta palabreja... ¿Qué clase de moneda es ésta?

—Quiere decir esto, señor Cockin—dijo Sympson con ligero desdén—, que en evitación de repetir las palabras “piezas de a ocho en oro”, citamos como tales piezas los siguientes precios: “Pierna izquierda, ochocientas mismas, o séase piezas de a ocho en oro. Un

ojo, doscientas. Un dedo, cien.”

Chester Tramp desenrolló otro pergamino escrito que llevaba en el bolsillo.

—Leeré ahora las leyes que yo mismo he compuesto, y de las que copia entregaré a mis lores Cockin y Bratt. Atención, y no olvidéis que no pienso dirigiros más discursos: “Primera ley: Todo hombre obedecerá el mando de su capitán, que a su vez obedecerá como lord mío los mandos míos. El que no acate esta ley será ahorcado. Segunda ley: Todo hombre que deserte u oculte algún secreto que interese a la comunidad será abandonado en una playa desierta con una botella de pólvora, una botella de agua y un arma con un solo plomo. Tercera ley: Todo hombre que robe algún objeto de la comunidad será mutilado de la mano derecha, sin retribución y abandonado en playa desierta. Cuarta ley: Todo hombre que riña con otro a bordo y le agrediera será castigado con cuarenta azotes menos uno en las espaldas desnudas. Las querellas se solventarán en tierra y pistola y machete. Quinta ley: Todo hombre que fume pipa sin casquete en la bodega, o que lleve vela sin caperuza, o que no cuide sus armas, o se muestre remolón en la maniobra y combate, sufrirá el mismo castigo impuesto por la ley anterior. Ultima ley: Todo hombre que al encontrarse con mujer honesta le hiciere objeto de atentado al pudor o proposiciones acompañadas de dinero o violencia, sin ella consentir, será ahorcado.”

Pausadamente Chester Tramp arrolló su pergamino de leyes. No sonaron “hurras”, y las redondas mejillas del jefe filibustero se ensancharon al sonreír con sonrisa desprovista totalmente de amenidad.

—Para ser ricos hay que ser virtuosos, filibusteros que me escucháis. Yo soy virtuoso por naturaleza; vosotros lo seréis por obligación, porque desde ahora sois hombres míos. Y enrolados bajo mi pabellón iréis a vuestros bordos. Mi tesorero, señor Sympson, os pagará a cada uno cien escudos de plata, que es el precio de regalo que os doy, porque yo pago bien. ¡Contramaestres!... ¡Desfilen las lanchas!

Los lugartenientes de Cockin y Bratt dieron las oportunas voces de mando, y bastante disciplinadamente los filibusteros descendieron del terraplén, y poco después, en distintas lanchas, se dirigían a sus dos barcos.

Chester Tramp quitóse la espada, y con ella dió un golpe en cada hombro de Cockin y Bratt.

—Os nombro lores de buques a mis órdenes. ¿Deseáis decirme algo, señor Bratt? Percibo en vuestros labios intenciones de pronunciar palabras. Hablad sin temor.

—¡Voto al perro piajoso, señor!—gritó fuertemente James Bratt —. ¡Si mis hombres no beben ni juegan ni blasfeman, duro me será mantenerlos en disciplina!

—Ved de hacerlo lo mejor que podáis, señor Bratt—dijo Tramp, y su voz fué seca y autoritaria—. Si a vuestro bordo no sabéis mandar, yo sí sé gobernar. Y si horca no tenéis para castigar a los rebeldes, en mi horca he colgado a varios de mis lores que no supieron imponerse. ¡Señor Sympson! Después de pagar la prima de enrolamiento, visitaréis a vuestros compañeros los señores Bratt y Cockin y a cada uno de ellos le entregaréis un cofre con mil piezas de a ocho en oro.

James Bratt desarrugó el ceño y manifestó su agradecimiento a su manera.

—¡El diablo cargue con mi alma!—gritó, contento—. ¡Así, os garantizo que sabré impedir que ningún perro miserable de mi barco quebrante vuestras leyes!

—Predicad con el ejemplo, señor Bratt! — dijo austeramente Tramp—. Y ante mí olvidad al diablo y moderad vuestro lenguaje. Acompañad a vuestro bordo al señor Sympson. Vos, señor Cockin, quedaos conmigo. Explicadme qué es “aquello”.

Y, con indiferencia, Chester Tramp tendió el índice hacia un macabro y estremecedor espectáculo…

CAPITULO III

Las olas del Caribe hablan…

La isla de Saint-Kitts fué abandonada en el 1678 por las fuerzas coloniales inglesas, ya que la pedregosidad del terreno y la falta de agua hacían imposible mantener una guarnición.

En 1689 unos frailes franciscanos se establecieron en la isla de Saint-Kitts, y desde allí enviaban a las distintas colonias frailes que iban edificando misiones, sirviendo muchas veces de mediadores indulgentes entre los brutales colonizadores y los indígenas.

Corrió la voz entre los piratas y filibusteros que en los conventos franciscanos se atesoraban en depósito las pagas reales a los ejércitos coloniales, por estimar el rey que los hábitos sinceros que con sus votos de pobreza juraban los franciscanos eran la mejor garantía de seguridad en el pago, ya que muchas veces tesoreros civiles habíanse esfumado con los salarios que por anualidades remitía el Estado.

Pero si era cierto tal aserto, también era cierto que los ejércitos coloniales sabían prudentemente rodear de fuerzas nutridas los conventos franciscanos, en evitación de ataques piratas.

Robert Cockin y James Bratt no poseían gran talento, cosa que suplían con una ferocidad lindante en el salvajismo de seres sin alma. Y pactaron su primera alianza pensando hallar en el solitario y desguarnecido convento franciscano de la isla Saint-Kitts grandes tesoros.

Atacaron una noche y los treinta frailes fueron atados a sendos árboles que hallábanse tras el promontorio rocoso que festoneaba la playa.

Todos los registros minuciosos demostraron que en el sobrio convento no había más oro que el que relucía en la pequeña cruz

que el prior colgaba de su cuello.

Robert Cockin meditó, y al fin cayó en el "secreto". Aquellos curas tenían ocultos sus tesoros. Interrogó, y halló sólo la misma respuesta:

—Vivimos de las huertas del convento, y por tesoro tenemos el aire puro y el gorjeo de los pájaros.

Las réplicas de Bratt y Cockin a aquellas sencillas palabras de sincera realidad fueron obscenas injurias. Y Robert Cockin volvió a meditar...

Fruto de su meditación fué ordenar cortar las orejas y las narices de los pobres frailes... Volvió a preguntar "dónde estaba enterrada la plata real", y, al obtener siempre la misma respuesta, mandó que los cuchillos de sus filibusteros cortasen los pies y las manos de los ya mutilados.

Sólo resistieron en vida el atroz martirio siete franciscanos. James Bratt propuso que se les untase el resto del cuerpo en miel... Las moscas e insectos se abalanzaron vorazmente...

Pero al amanecer en que debía llegar Chester Tramp, todos los franciscanos habían muerto, y su entereza en negar la posesión de ningún tesoro demostró a Cockin y Bratt que habían desembarcado en la isla de Saint-Kitts engañados por sus informes.

Y cuando el índice de Tramp señaló los mutilados cuerpos que quedaban en pie amarrados contra los troncos de los árboles, Robert Cockin murmuró varias imprecaciones en voz baja, hasta que, dominándose, explicó su "error".

—...y hubiésemos deseado, capitán Tramp, ofreceros participación en este botín que pensábamos encontrar, como testimonio de que podemos también ser generosos cuando... podemos. Pero dicen que las olas del Caribe hablan, ya que cuanto por las Antillas pasa se sabe tarde o temprano. Sin embargo, mintieron esta vez. "Esos" no tenían ni siquiera cucharas de plata; comían con cucharas de palo. ¡Un asco!

—Comprenderéis ahora, señor Cockin, que os es preciso a los filibusteros libres un mando inteligente para no perder tiempo en "esto".

Y sin preocuparse más por los infelices mártires, Chester Tramp volvió la espalda a los árboles donde aún revoloteaban las moscas...

Señaló el cuerpo de un ahorcado que pendía de una rama junto

al agua.

—¿Y "esto"?

—Un perro piojoso al que formé tribunal, capitán Tramp, porque yo y mi excelente amigo Bratt acatamos la ley. Quería dejar de ser filibustero, y lo juzgué con nobleza, dejándole defenderse cuanto quiso. No me convencieron sus protestas de inocencia, y le ahorqué.

—Bien hecho. Pero moderad vuestro lenguaje, señor Cockin. Las expresiones que a veces usáis estarían bien en boca del capitán Cockin, pero son impropias en labios de quien es lord bajo mi mando. Vayamos al refectorio del convento. Quiero hablaros. ¡Señor Antis, señor Ashes y señor Owel! Asistid al reparto de la comida. ¡Señor Dennis! Venid con nosotros. Después contaréis a los demás lores lo que ahora trataremos el señor Cockin y yo.

En el refectorio ascético del convento, Chester Tramp tomó asiento en el banco de madera sin pulir que, desaparecida la mesa, era el único mueblo de la sala. El amplio y largo banco iba de un extremo a otro de la lisa pared blanca encalada.

—Sentaos, señores. Ibais descaminado, señor Cockin, al atacar este convento. Yo sabía que riqueza no la había aquí... Pero de algo nos servirá el que aquí tuvierais a bien esperar mi llegada. Hace tiempo que imagino que sería un buen trabajo atacar los conventos españoles que tienen el poder real para pagar las anualidades de los ejércitos coloniales. Ved cómo las olas del Caribe hablan, cosa indiscutible, puesto que a mis oídos llegó este rumor. Lo he contrastado, y estoy en estado de afirmar que no sólo atesoran las pagas reales, sino que los componentes del ejército español, en su mayoría, confían tanto en estos caballeros franciscanos, que les entregan sus ahorros para que vayan acumulándolos, hasta que, de regreso a la patria, los recojan y con ellos se retiren a descansar a las Españas.

Robert Cockin humedecióse los labios con ávida cupidez.

—¡Montones, montones de plata española! Pero—añadió con desencanto—esos soldados españoles que defienden esos conventos son diablos duros de cascar. ¡Perdonad la expresión, honorable capitán! Quise decir que luchan como demonios... En fin, que son peleones de primer orden.

—Todo plan de ataque debe madurarse sólidamente. ¿Habéis registrado concienzudamente el convento, señor Cockin?

—No ha quedado rincón de rata que no haya yo mismo olisqueado, ¡cargue el diablo con…! Bien, todo registrado.

—¿Habéis hallado documentos, papeles, letra escrita?

—Montañas de papel, repugnante papel escrito que de nada sirve.

—Error, señor Cockin. Todo sirve si sabe utilizarse. Traedme esos papeles. Vos, señor Dennis, id viendo los que se refieren a los demás conventos de las posesiones españolas.



—Traedme esos papeles…

Por espacio de media hora aburrióse sobremanera Robert Cockin contemplando el minucioso estudio que de todos los archivos y manuscritos hacían Dennis y Tramp. Al fin quedó sólo un par de legajos delante de Chester Tramp.

—Buena labor hicisteis al venir aquí, señor Cockin. De este convento parten los franciscanos que de las Españas llegan. Y por el jefe de la comunidad, que ellos llaman prior, son instruidos del lugar a donde deben dirigirse. Y en estos papeles hay relación exacta, no sólo de los conventos pagadores de los ejércitos, sino mención de las guarniciones que los defienden, con los planos fortificados. He admirado siempre a los hombres cultos, y cultos son esos españoles franciscanos. El señor Sympson sacará copia de los legajos y cada uno de nosotros quedará en poder de una. Es labor de dos semanas a lo sumo. Mientras se realiza, iremos madurando el

plan de ataque. Mi intención es seguir la ruta indicada en el itinerario misional franciscano. Ascender por Oriente y bajar hacia el sudoeste con lo que evitaremos las aguas surcadas por la armada española. Y arrancando de Cairen, en Venezuela, iremos descendiendo y atacando convento tras convento… Ocho barcos somos, y ni piratas ni corsarios se opondrán a nuestro camino; menos aún podrán resistencia ofrecernos los dos o tres centenares de soldados españoles que defienden los conventos.

Fué continuando su exposición de ataque el muy honorable capitán Chester Tramp… y por espacio de dos semanas el lord del buque, Sympson, pasóse el día atareado en copiar con su hermosa letra de pendolista el "itinerario misional franciscano", con sus planos y detalladas explicaciones…



Las olas del Caribe lamían con susurro cristalino la base rocosa del acantilado de la desierta isla de los Náufragos. La isleta había recibido ente nombre porque en ella iban a encallar los buques privados de conducción arrastrados por una fuerte corriente…

Un amanecer borrascoso, en el que soplaba un repentino vendaval de los frecuentes en el Trópico, viento recio que durante toda la noche había estado aullando, una barquichuela plana y toscamente construida en tronco sin desbastar, vino a encallar en el acantilado, y al amainar el vendaval quedó tendido en el roquizo basamento un hombre enflaquecido y semidesnudo de luenga barba negra.

Cuando abrió los ojos recuperando el sentido, hallóse tendido en una hamaca cuyos extremos estaban amarrados de un tronco de palmera a otro. El sol daba de lleno sobre su cuerpo semidesnudo, y el náufrago sintió en su garganta el escozor y reavivante regusto de un fuerte líquido alcohólico.

Miró a su alrededor y en la playa vió innumerables nadadores que se ejercían briosamente alrededor de un velero anclado. El náufrago miró al único ser que sentado en un escabel, brazos cruzados, silbaba melodiosamente entre dientes una tonadilla de toques marciales.

El pañuelo rojo anudado a la nuca, los aretes de oro en las orejas, el perfil aquilino de ave de presa, la tez bronceada, el fino bigotillo, la audaz expresión de los ojos negros intensos del

desconocido, la recia musculatura fibrosa del silbador, ilustraron al náufrago sobre quiénes eran los nadadores y quién era su circunstancial salvador.

El náufrago sonrió amargamente, pero con resignación.

—Buenos días, amigo—saludó afablemente, incorporándose en la hamaca—. La paz anide en tu alma.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, sonrió al que por vez primera daba muestras de vida.

—Hola, amigo. Gracias te doy por tus buenos deseos. ¿Qué se te perdió en esta isla desierta? Te recogimos esta madrugada. No es mi paradero habitual; pero, de paso por estas aguas, mandé anclar para resguardarnos del vendaval.

—Largo de relatar sería, hermana mío, revelarte por qué aquí he naufragado.

—Antes me llamaste amigo y ahora me calificas de hermano. Oyeme bien, “barbanegra”. Ni quiero amigos, ni tengo hermanos.

—Aunque no lo quieras, tú eres mi hermano, amigo mío. Comprendo bien que hay que tener tolerancia y que cada cual elige la profesión que más le place. Si tú piratas eres... yo fraile franciscano soy.

El Pirata Negro emitió una seca carcajada burlona.

—Hay varias canas en tu negra barba, náufrago. Pero prudencia no demuestras. ¿Por qué no callaste que eras fraile? Yo no lo habría adivinado y tenías vida segura.

—No me importa ya morir, porque mi barco destrozado quedó contra los riscos. Y mi misión en la tierra ha terminado. No me prohíbas que te llame hermano. ¿No oíste nunca hablar de San Francisco de Asís, “el poverello”? Amaba a los animales y con los pájaros hablaba.

—Creo haber oído mentar a tu santo. Me hubiese amado entonces, porque animal fiero soy y de pájaro mucho tengo.

—No te burles, hermano mío. Si tolerancia predicamos, tolérame a mí si en vida mejor creo.

Carlos Lezama sonrió, esta vez sin burla ninguna.

—Perdonadme, señor fraile. Habéis mentado la cualidad que más aprecio en el ser humano: la tolerancia. Pero temíame que fuerais a predicarme la conversión y la vuelta al camino recto. Os agradezco que hermano me llaméis, porque si los piratas como vos

fueran creo que en el calendario religioso habría muchos santos piratas.

—Tutéame. Es tu lenguaje el propio de hombre entero, sea cual sea tu profesión—y el extenuado franciscano rió infantilmente—. Estoy cierto que si muero por tu orden, cosa que merezco, ya que si yo fuese pirata también lo ordenaría, El que Arriba está atenderá mis ruegos de que halles paz para tu alma.

Carlos Lezama levantóse, fruncido el ceño. Silbó de modo especial, y chorreante de agua, un coloso rechoncho de musculatura voluminosa y horrendo rostro cubierto de cicatrices, se plantó corriendo ante la hamaca junto a la que estaba el Pirata Negro.

—Nadando vas a ir a bordo, “Cien Chirlos”. Arriarás el mejor lanchón y en él almacenarás barril de agua, barril de ron, pescado en salmuera y tasajo en abundancia. Coloca también un par de pistolas y una lona de recoger agua de lluvia. ¡Presto, ya está hecho! Vuelve con el lanchón a la playa y aguárdame.

“Cien Chirlos”, el lugarteniente del Pirata Negro, alejóse corriendo, e instantes después zambullíase en el agua.

El fraile franciscano descendió penosamente de la hamaca.

—¿No te molestará, hermano, que te pregunte qué finalidad tiene la orden que acabas de dar a este robusto varón?

—Me gusta regalar lanchones. Más de veinte llevo regalados. Generoso que soy, ¿sabéis? Habéis hablado de una misión; cumplidla. Pero no me larguéis un sermón. No quiero ni vuestra gratitud, ni vuestra extrañeza. Me porto como bien me place, porque soy quien soy.

—Un día vi un aguilucho, hermano. Volaba alto, muy alto, y le admiré. Los naturalistas que creen entender en fieras le llaman ave de presa. Pero yo le admiraba; si ave de presa era, sus razones tendría, y el Señor así lo dispuso.

Carlos Lezama, que hasta entonces había vuelto la espalda al fraile, dió media vuelta, encarándose con él. Cruzóse de brazos.

—¡Es lastimoso, señor fraile! Quisiera enfadarme con vos, y no lo consigo. Tenéis pico de oro, no porque habléis lindezas, sino porque decís cosas que me vibran en un lugar de mi pecho que no sé cómo lo llamarán los naturalistas.

—Tienes un pecho muy ancho, hermano. Si me fuera permitido apostar, diría que levantas sin esfuerzo un centenar de kilos. Yo

peso no más allá de sesenta, descontando el par de libras que por pelo y barba llevo. ¿Sabes por qué luzco estos adornos? Porque mis hermanos, los que mal llaman salvajes, gustan de mesar este cabello. Creen que es indicio de dignidad.

—Sois listo, señor fraile. Sabéis decir puerilidades bonitas, porque adivináis que soy algo quisquilloso. Y semidesnudo como estáis, tenéis más dignidad que el más vestido de los chambelanes. ¿Puedo saber cuál es vuestro nombre?

—Hace un año en España me llamaban vizconde de Almedinilla, y capitán era de infantería. Cuando pisé el barco que a Saint-Kitts me trajo, me llamaron fray Miguel. Lo de vizconde y capitán te lo he citado porque, si al fraile quieres perdonar, no quisiera que cupiera mentira entre tú y yo.

—Gracias, fray Miguel. Ved a mi lugarteniente. Allí aguarda con el lanchón. Tenéis comida suficiente y bebida para dirigiros donde queráis. Si algún día ante divina justicia comparecéis, sé que rogaréis por mí.

—¿Cuál es tu nombre, hermano?

—Carlos Lezama, mestizo panameño. Fui profesor de esgrima; pero, para que no quepa mentira entre vos y yo, aparte que mi atuendo os lo dijo, sabed que me apodan el Pirata Negro.

Fray Miguel apoyó su mano afilada en el antebrazo desnudo del Pirata Negro. Rió con cándida alegría.

—La Providencia me llevó aquí, señor Pirata Negro. ¿Conocéis por azar a filibustero que responde al nombre inglés de Chester Tramp?

—Es un archipirata con modales de fraile inglés, y presume de virtudes. Es una bestia sanguinaria cuyas virtudes serán más de apreciar muerto que vivo. Es el pillo de la peor calaña que el Caribe soporta. Ese es el muy honorable capitán Chester Tramp.

—Muerdes duro, amigo Lezama, cuando alguien no te es simpático. Y deduzco por tu descripción que Chester Tramp no es santo de tu devoción. ¿Quieres oír un relato? Me complacería que tuvieras la amabilidad de escucharme, ¿o acaso hago esperar al robusto varón del barco, que deseará bañarse de nuevo?

—El robusto varón es un bellaco guapetón que puede muy bien aguardar, y si tanto deseáis narrarme un relato, hablad. El sol brilla, el aire es sano y mi tiempo es libre. Os escucho.

La matanza de Cockin y Bratt, la llegada de Tramp, sus discursos, su estudio de la documentación franciscana, su plan de ataque, todo fué contado por fray Miguel.

—...y apenas Chester Tramp, en el refectorio, fué señalando sus objetivos de futuros trabajos, que es como calificaba el saqueo de los conventos, pensé que, más que ofrendar mi vida, valía recordar que un día hombre esforzado fuí, y recordé también que un barquito había sido construido por un fraile que quería perder carnes y no le bastaba la pala y el azadón de la huerta. Los capitanes Cockin y Bratt registraron a fondo nuestro convento, pero se olvidaron de la hornacina de madera que junto al refectorio me servía para purgar el castigo que me impuso nuestro prior.

—¿Castigo a vos? ¿Qué hicisteis?—preguntó Lezama, riendo.

—Hacía medio año que sólo me dedicaban a cultivar el huerto. Y me rebelé, diciendo que había venido a llevar la palabra cristiana a los hermanos indígenas. Fuí justamente castigado a trabajar en recopilación de los discursos del “poverello de Asís”, y cumplí. Culpa mía no fué si en el secreto recinto de la hornacina invisible a ojos no enterados, escuché y vi cuanto ocurrió.

—Bien, enterado quedo. Las olas del Caribe han hablado. Pero, ¿por qué me habéis contado esto? No gusto de frailes, y sus tesoros tampoco me importan.

—Tesoros no tenemos, amigo mío. Son pagas reales para el ejército. Pero no sé... El Señor me perdone, que con intención de enconar tu antipatía no lo hago, pero Chester Tramp dijo de ti algo poco amable. Citó el capitán Cockin que divisó tu barco[1], y Chester Tramp dijo: “¡Ese bribón insolente de español pirata es un faldero enamoriscador, para quien mi horca está constantemente preparada. Lo que siento, señor Cockin, es que ya bien se guardará él de ponerse a mi alcance”. Y añadió que tú, como todos los demás piratas y corsarios, huirías del Caribe, ya que nadie podía vencer la coalición filibustera que él mandaba.

Carlos Lezama rió unos instantes; sus ojos brillaron irónicos y con dura expresión.

—¿Conque soy un bribón insolente y un faldero enamoriscador? ¿Conque soy galgo de mar que del virtuoso Tramp huye? Estáis aún débil, fray Miguel. Tendeos barba arriba en la hamaca. Vos y yo hemos de hablar.

CAPÍTULO IV

La rebelión del vizconde de Almedinilla

"La pequeña Venecia" fué cómo los descubridores españoles llamaron a la región que, lindante en el Norte con el mar Caribe, les ofrecía el paisaje de chozas elevadas sobre pontones en el gran lago navegable de Maracaibo.

"Venezuela" empezó a llamarse posteriormente, y de esta comarca tomaban su punto de partida las expediciones hacia la vecina Colombia y los legendarios reinos de Potosí y Cuzco.

El caudaloso y fertilizante Orinoco, con sus innumerables afluentes, era la vía de entrada principal, y la infantería colonial española se situó en varios destacamentos fortificados que escalonábanse a lo largo de las primeras millas del curso del Orinoco.

En 1696 erigióse un convento franciscano en la margen izquierda del lago Maracaibo, en un mísero poblado de chozas que recibió el nombre de Cairen. Y el convento de Cairen fué prestamente rodeado de un círculo de tiendas de campaña y trincheras, donde se instalaron seis compañías de infantes españoles mandados por Hernando de Ojeda, el brioso militar extremeño.

Hernando de Ojeda gustaba de compartir las sobremesas del prior de Cairen. Era invitado a saborear el rico licor de hierbas que los mismos franciscanos destilaban, y era invitación que Hernando de Ojeda aceptaba sin remilgos, pues, como decía a sus oficiales: "Si esos buenos frailes me invitasen a comer, quedarían sin provisiones por un año, dada la parvedad con que mastican. A beber no hay peligro, porque, pese a mis insinuaciones, el prior no me otorga gota más del vasito de licor con que me invita".

Y la sobremesa del prior verificábase en el sobrio despacho

encalado, donde la tertulia reducíase a la conversación de Ojeda, que pedía consejos al venerable anciano. Hernando de Ojeda, aunque se esforzase en no aludir con frecuencia a lo que como militar le obsesionaba, volvía inconscientemente al mismo tema en casi cada “sobremesa”.

—Excelente vuestro licor, hermano. Pero sabe... ¿cómo diría yo?..

—Sabe a poco—dijo con indulgencia risueña el prior—. Un vasito, caballero Ojeda, es estomacal y ayuda a digerir. Dos, infunden calor en la boca, que para refrescarse pide el tercero, y así sucesivamente. Todos mis hermanos degustan uno solo, y el jefe debe ser como el soldado. ¿No es ésta máxima militar, caballero Ojeda?

—Lo es. Pero si la disciplina castrense os es grata, ¿por qué no consentís en lo que hartas veces os vengo proponiendo?

—Somos soldados de Cristo.

—Pero también del Rey, hermano—rebatió el militar bruscamente—. Bien está que seáis buenos, caritativos y tendáis la mejilla opuesta a la que os hieren. Pero guardáis pagas reales y servís de banqueros guardando bajo llave los ahorros de mis oficiales y soldados. La Cruz y la Espada fueron el emblema de los cruzados, y vos sois en Cairen el jefe de los actuales cruzados.

—La Espada, vos la mandáis; bástame con esgrimir la Cruz.

Y, como siempre, Hernando de Ojeda no lograba su propósito de convencer al prior para que cada componente de la comunidad franciscana admitiera en su celda la presencia de un mosquetón y una espada, como quería el comandante-jefe de las fuerzas de Cairen, alegando que en caso de ataque los franciscanos debían defender su convento.

Y, como siempre, el prior alegaba que si los seiscientos hombres dirigidos por el brioso Ojeda eran arrollados por fuerzas atacantes, de nada serviría que doscientos frailes aceptasen mosquetones y espadas, para luchar donde seiscientos bizarros infantes españoles no hubieran podido vencer.

Terminaba una noche su vasito de licor Hernando de Ojeda, cuando, tras una respetuosa llamada en la puerta de la celda-despacho, entró un macilento fraile de luenga barba negra, finos rasgos y apacible sonrisa. Besó el crucifijo que pendía del cinto del

prior, y, hundiendo las manos en las amplias mangas del sayal que veíase a todas luces que no le pertenecía, sino que habíale sido prestado, el recién llegado empezó a relatar lo sucedido la isla de Saint-Kitts.

Fué interrumpido por frecuentes exclamaciones de enojo y cólera del militar, mientras el prior, con triste expresión resignada, seguía escuchando la narración de fray Miguel.

—¿Decís, hermano—interrumpió de pronto el militar—, que esto ocurrió ha cinco días y que en barquichuelo labrado en tronco salisteis de la isla de Saint-Kitts?

—Así dije. Ocurrió cuanto he contado el viernes último, y salí de la isla en un esquife que un hermano construyó para entretenerse.

Hernando de Ojeda tosió para aclararse la garganta, y al fin expuso, con su acostumbrada brusquedad:

—O una de dos, hermano: o milagro hubo, o desvariáis. La distancia que de las islas de Barlovento nos separa es tal, que sólo un velero de los más rápidos podría recorrerla en cinco días.

—Un velero de los más rápidos fué el que aquí me trajo—replicó fray Miguel.

—¿No dijisteis que con barquichuelo os lanzasteis al mar?

—Permitidme intervenir, caballero—dijo el prior—. Si dejáis que fray Miguel se explique a su humilde modo, saldremos de dudas.

—Un vendaval me zarandeó apenas hube salido de Saint-Kitts y encallé en isleta cercana. Me reconfortaron y me atendieron caballerosamente. Por unas palabras que oí y que repetí al interesado, heme aquí mucho antes de lo que nunca hubiera podido con mis pobres esfuerzos lograr.

—Almas buenas existen — dijo, impaciente, el militar—. ¿Os atendieron pescadores antillanos?

—Vine con el "Aquilón", un velero pirata cuyo pabellón es un aguilucho y cuyo capitán es águila que posee tan bella prestancia física como belleza de alma.

—¡Desvariáis, hermano, desvariáis! — exclamó Ojeda, impaciente—. ¿No pretenderéis hacerme creer que un pirata os alimentó y os trajo cariñosamente a la costa venezolana? Filibusteros, corsarios y piratas, más deleite hallan en matar frailes que en quebrar líneas de infantes. El sol os quemó los cascos, fray

Miguel. Confesadlo. Sería natural vuestro desvarío, ya que hombre de armas no sois.

El vizconde de Almedinilla, ex capitán y ex espadachín habilísimo, sonrió maliciosamente, pero con ingenua bondad.

—Mis cascos, caballero Ojeda, siempre fueron algo débiles. Pero debo confesar que, a no ser por la grandeza de espíritu de Carlos Lezama, apodado el Pirata Negro, no podría yo haber cumplido mi misión.

—No os exasperéis, comandante — dijo el prior con afable ademán—. Os suplico que dejéis explicarse a fray Miguel. Continuad, hijo mío.

—El Pirata Negro mandó preparar una lancha con alimentos para que yo siguiera mi viaje. Pero cuando le hube citado que el inglés filibustero Chester Tramp le gratificaba con epítetos poco elogiosos, el Pirata Negro me aconsejó que me tendiera de nuevo en la hamaca porque me consideraba aún debilitado. Así lo hice, y tuve que explicarle, muy de mi buen grado, los planes de ataque a nuestros conventos que expuso el filibustero inglés. Terminada mi exposición, el Pirata Negro me ofreció graciosamente pasaje a bordo de su velero. Zarpó, y ha sólo media hora me dejó en la costa. Pedí prestado a un indio su montura, y también al llegar aquí pedí prestado sayal a un hermano.

—Pero, veamos, veamos, fray Miguel — gruñó Ojeda—. ¿Persistís en sostener que no es desvarío cerebral de insolación vuestro viaje a bordo de velero pirata? ¿Mantenéis que el tal Pirata Negro, no sólo no os despellejó, sino que graciosamente os trajo a tierra civilizada? ¿Afirmáis que viajasteis en compañía de un jefe pirata y su tripulación?

—De la naturaleza humana todos los misterios son posibles, señor comandante Ojeda—dijo con humildad, no exenta de dulce ironía, fray Miguel—. Viajé en la compañía de una cincuentena de mocetones de pelo en pecho y modales algo rudos. El Pirata Negro silba maravillosamente, y hay también un pirata andaluz que creo apodan “Piernas Largas”, que, terciada la guitarra al hombro, me obsequiaba de vez en cuando con coplillas alegres. Confieso, prior, que de vez en cuando alguna de sus coplas no era muy audible, no por carencia de voz, sino por el tema de la canción. Pero la ley franciscana es tolerante, y malamente podía oponerme a que en

barco pirata se cantasen coplas profanas. También a bordo había un bello hermano nuestro llamado “Satán”. Magnífico leopardo que come de manos del Pirata Negro.

Hernando de Ojeda se santiguó los labios para impedirles que hablasen a la usanza con que solían maldecir a su soldadesca cuando el furor le invadía. Calmado levemente por su gesto y respetuoso con el sayal del fraile, expuso en términos reverentes sus dudas sobre el estado mental del náufrago.

—Tenéis rostro de santo, fray Miguel, y mentir no podéis. ¿Os ofendería que os pidiera jurar sobre el santo crucifijo que tenéis la certeza de que cuanto contáis no lo habéis soñado?

—Si mi prior me concede la autorización, dispuesto estoy a complaceros, señor comandante.

El prior, que también tenía sus leves dudas, tendió el crucifijo, y fray Miguel pronunció místicamente su juramento. La acendrada devoción del caballero extremeño Hernando de Ojeda se inclinó ante aquella prueba.

—Nunca creí posible tal milagro, fray Miguel.

—También a San Francisco de Asís le parecía imposible que el hermano lobo que ovejas devoraba, le lamiera las manos. Es simple referencia lejana; porque ni el Pirata Negro es devorador de ovejas, ni es temple de hombre que lame manos. Ya que aquí estáis, señor comandante, os expondré la primera parte del plan del filibustero inglés Chester Tramp. Al frente de ocho naves atacará Cairen, y confía en el éxito, para después proseguir su avance Orinoco abajo hacia la ciudad colombiana de Arauca, donde hállase otro convento pagador.

—Gracias por vuestro informe, fray Miguel. Ocho naves en el lago Maracaibo serán fácil blanco para mis artilleros, y doy fe de que limpiaré a esos sanguinarios criminales asesinos de pobres frailes indefensos. Ved, prior, como razón tengo. Si vuestros hermanos de Saint-Kitts hubiesen poseído armas, otro gallo cantara.

—No cantaría el gallo, caballero Ojeda — dijo suavemente el prior—. El hábito que vestimos nos impone como regla primera renunciar al uso de armas, y dando por supuesto que armas hubieran tenido mis pobres hijos de Saint-Kitts, nada habrían conseguido sino derramar sangre en balde, sangre de hermanos nuestros.

—¡A veces, señores frailes, me irritáis!—rezongó, furioso, el militar, que para calmarse acudió a su vasito de licor, y no halló calma porque vacío estaba—. Bien está la humildad, el sacrificio de toda vanidad humana, el no comer más que verduras y fruta..., el no beber más que un vasito todas las noches, el no aceptar dinero alguno... Pero, ¡rayos y truenos!, no llaméis hermanos vuestros a esos abyectos filibusteros que mutilaron tan atrozmente a los frailes de Saint-Kitts y que para acá vienen dispuestos a repetir la triste hazaña. ¿Sangre en balde? Por cada filibustero que hubieran desangrado, un pecador menos habría en el mundo y uno más en el infierno. Por suerte aquí estoy, y si religioso acendrado me considero, a Dios defiendo espada en mano.

—Vuestra misión es, caballero Ojeda—dijo sonriente el prior—. Servidle un vasito de licor a nuestro defensor, fray Miguel. Y como bienvenida, tomad vos también un sorbo de este estimulante.

Obedeció el vizconde de Almenidilla, y el militar chasqueó complacido la lengua contra el paladar. Dió después un golpe a la empuñadura de su espada.

—Cuando la desenvaine y ordene disparar los cañones contra la flota filibustera, después del triunfo, espero, prior, que me daréis también dos copitas en vez de una, como siempre soléis. ¿Ocho naves en el lago? Fácil bocado serán para mis cien artilleros y mis quinientos infantes.

—¿Os enfadará, comandante, que un ignorante frailucho como yo os hable de estrategia castrense?—preguntó de pronto fray Miguel.

—Hablad, hablad — dijo con benevolencia Hernando de Ojeda —. Si hombre de armas no sois, inteligencia hay en vuestra frente.

—Tendré que ir repitiendo palabras ajenas. Según, parece, si el hermano tigre vence a veces al hermano león, es porque le gana en sanguinaria astucia. Vos sois el león, señor comandante, si no os ofende la comparación, y tigres son los filibusteros. Fuí aconsejado por quien tan a lo vivo conoce las costumbres del hermano tigre, de que seiscientos leones serían presa segura, a menos de que bloquearan la entrada del lago, cosa para la que no serían suficientes vuestros seiscientos leones.

Hernando de Ojeda sonrió a medias, irritado, a medias condescendiente.

—Seiscientos españoles, fray Miguel, son demasiado león para cuantos tigres se presenten. Ved que ya he pensado en las disposiciones de combate que tomaré. Doy por cierto que los tigres filibusteros pretenderán astuciosamente tomar por ataque nocturno nuestras líneas defensivas. Cuando oigáis el trueno de mis cañones, rezad por los tigres, que yo no lo pienso hacer, sino que a cada cañonazo..., y perdonadme, soltaré tacos de profunda alegría por cada vela filibustera que se desgarre.

—Quien me aconsejó dijo que os recomendara la urgente salida de un jinete emisario río abajo, para que de cada destacamento vinieran refuerzos a Cairen. Calculó que con dos mil españoles quedaría inaccesible la entrada al lago. Y repitió varias veces que, si entran en el Maracaibo, Cairen será pasto de las llamas y saqueado el convento.

—¡No me digáis que fué vuestro Pirata Negro quien tal cosa os aconsejó!

—Sí, él fué. Y le he prestado crédito, en mi humilde opinión.

—¡Me desarma vuestra ingenuidad, fray Miguel!—gruñó el militar—. ¿No comprendéis ahora por qué os salvó el pirata? Os hizo confiar en él, y, como lobo que es, esperará que yo, como una oveja asustadiza y temiendo la superioridad de los filibusteros, desguarnezca los destacamentos interiores, con lo cual él bonitamente se colaría por algún afluente y llegaría hasta Arauca libremente. Y él sería el tigre que saquearía y en llamas convertiría el convento pagador colombiano. No añadáis una sola palabra más, fray Miguel. Vos, a vuestra misión; yo, a la mía.

Hernando de Ojeda levantóse y, tras besar el crucifijo del prior, abandonó la celda. Fray Miguel encogióse levemente de hombros.

—Mi misión quedó cumplida, prior. Comprendo que difícil es confiar en que los demás crean tan hondamente en la honrada intención de un pirata, pero yo puedo aseguraros que ningún mal puede acarrearnos la presencia por estas aguas del Pirata Negro.

—Lo que sea, será, hijo mío. Durante dos semanas te instruirás en los usos y costumbres de los hermanos indígenas de Colombia, y partirás a Arauca a llevar la santa palabra, predicando la resignación y la inutilidad de toda rebelión contra los mandatos de la Providencia Divina.

* * *

El suelo venezolano, surcado por mil ciento dos ríos, de los que cuatrocientos son afluentes del Orinoco y treinta y dos desembocan en el Caribe, naciendo en las montañas interiores y engrosando el lago Maracaibo, era territorio que el honorable capitán Chester Tramp, ayudado por su pendolista y cartógrafo el *lordship* Sympson, había estudiado a fondo en Saint-Kitts, destinando especial atención a la comarca que circularmente rodeaba Cairen.

Las ocho naves filibusteras partieron y cada lord tenía bien señalada su ruta, medida meticulosamente por Chester Tramp. Las goletas de Antis, Ashes y Owel entrarían en el Maracaibo media hora después que por los afluentes Cucutá, Escalante y Yaracuy simultáneamente llegaran las goletas de Cockin, Bratt y Dennis. La nave de Sympson y la almirante "Resistance" de Tramp, entrarían tras las goletas de Antis, Ashes y Owel.

Y cada filibustero recibió matemáticas instrucciones de su cometido a desempeñar en el cerco del poblado de Cairen.

Las líneas de infantes españoles y las posiciones artilleras del comandante Hernando de Ojeda pusiéronse en apresto de combate cuando tres moles navegantes aparecieron por la retaguardia de Cairen, y bajando por los afluentes Cucutá, Escalante y Yaracuy abrieron nutrido fuego contra la primera línea artillera.

La noche quedó iluminada por las andanadas artilleras; las primeras fuerzas de desembarco filibusteras fueron diseminadas por los valientes contraataques de los infantes españoles dirigidos por el acometedor Hernando de Ojeda.

De pronto, al norte del gran lago, otras tres naves aparecieron, y su traidor ataque obligó a los españoles a dividirse en dos grupos. La metralla y los feroces cuerpo a cuerpo convirtieron las riberas del lago en escenario de dantesca lucha indescriptible.

Pero la tenaza de hierro se cerró cuando las dos naves de Tramp y Sympson, desembarcando sus fuerzas de choque en las vertientes oeste y este del lago, mientras sus artilleros disparaban a mansalva, colocaron el último eslabón de la invencible cadena de abrumadora superioridad táctica que tan concienzudamente había elaborado el honorable capitán Chester Tramp.

El anillo fué disminuyendo en amplitud; las salvas artilleras fueron aminorando sus mortíferos estampidos... Lentamente la resistencia de los seiscientos españoles que con coraje sin igual

defendían palmo a palmo el terreno, tuvo que irse rindiendo. Pero su rendición lo fué espada en mano, y montones de cadáveres fueron pregonando que por cada español muerto, dos filibusteros muertos o malheridos quedaban.

Chester Tramp jugueteó largos instantes con su cadena de oro; al fin, sus dos manos asieron las culatas de las pistolas que pendían de sus cabestrillos de seda. Tomó cuidadosamente puntería en el rugiente huracán montado de un jinete que, luciendo ropaje de comandante de infantería española, abatía con vigor inagotable su tinta espada.

Las dos balas de Chester Tramp alcanzaron en la frente y en el corazón al caballero Hernando de Ojeda.

El círculo fué cerrándose, y pronto quedaron sólo los filibusteros, reunidos ante el convento de Cairen, medio derrumbado por andanadas artilleras mal dirigidas.

Lord Sympson, al frente de sus hombres, entró al saqueo. Hallaron en el refectorio a la comunidad franciscana, que platicaba plácidamente de temas extraños: la inutilidad de toda rebelión a los mandatos de la Divina Providencia era la tesis que el prior exponía, y añadiendo que pronto verían recompensada su humilde resignación en la tierra, cesó en la disertación porque los aullidos salvajes de los filibusteros crearon una horrorosa cacofonía bestial con la que acompañaban la mortandad que sus puñales iban verificando entre los sentados franciscanos.

Cuando el refectorio quedó convertido en tumba sangrienta de todos los frailes, Sympson y sus filibusteros procedieron a cargar los sacos cuyos tintineos metálicos era música que hizo prorrumpir en alegres canciones a los demás filibusteros, mientras a bordo de la “Pretty”, la goleta de Sympson, se iban amontonando, uno tras uno, los sacos conteniendo las pagas reales y los ahorros del ejército colonial mandado por Hernando de Ojeda.

La luz de las antorchas prestaba rojizos resplandores al macabro cuadro de los muertos que poco antes componían la guarnición de Cairen. Los lores Sympson y Antis recibieron la orden de permanecer con sus filibusteros en el Maracaibo, y, tras verificar el reparto equitativo del copioso botín, las demás naves, por distintos afluentes, partieron Orinoco abajo.

Cuando Sympson y Antis, que habían elegido como alojamiento

y puesto de mando los restos en pie del convento, entraban acompañados de cuatro filibusteros cada uno en el refectorio, se detuvieron con asombro.

Entre los acuchillados cadáveres vistiendo sayal, rezaba arrodillado un fraile enjuto de noble rostro demacrado. Levantóse al ver detenerse en el umbral a los diez filibusteros. Les miró sonriente.

—Gracias, hermanos. Habéis concedido el reposo eterno a mis compañeros de Cairen. Pero he decidido rebelarme, y si la matanza no pude impedir, os aseguro, por capitán que fuí, que algunos de vosotros vais a tener pronto el reposo eterno.

Y esgrimiendo en una mano un puñal y en la otra una espada que instantes antes había quitado a un cadáver español, el vizconde de Almedinilla besó la guarda de su espada con fácil gesto del que un día había sido temible espadachín.

Los diez filibusteros desenvainaron al unísono. Sus pistolas descargadas, que aún no habían vuelto a cebar, quedaron en sus fundas.

Sympson rió con sarcástica expresión, deteniendo el avance de los filibusteros.

—Es orden de nuestro jefe el capitán Tramp, que aquel que rete a enemigo filibustero superior seis veces, sea cogido vivo y sometido a tribunal. Nunca vi hombre que faldas vistiendo se atreviera a retar, pero la ley del capitán Tramp debe cumplirse. Serás ahorcado, después de torturado. ¡A él, mis hombres!

Sympson y Antis quedáronse en retaguardia, despreciando tan siquiera el emplear sus desenvainadas espadas. Empezaron a fruncir el ceño cuando vieron caer atravesados por sendas estocadas imparables a los dos primeros filibusteros que atacaron a fray Miguel.

—¡Rodeadle, imbéciles! — gritó Antis—. ¿No veis que maneja el pincho como un perdonavidas?

Dos filibusteros más acompañaron en el liso suelo al amontonamiento de cadáveres con sayal y a los dos anteriores malheridos por la veloz y experta espada del vizconde de Almedinilla.

Un feroz tajo por la espalda hizo saltar el acero de manos del que tan duro enemigo había resultado, y el resto de los filibusteros

se abatió sobre el esbelto luchador, que si diestro era en la esgrima, no era hombre de corporal fuerza.

—¡Cúmplase la ley del capitán Tramp—vociferó iracundo Sympson—. Mantenedlo atado contra el banco, mientras formamos tribunal. Señor Antis, tened a bien enviar a vuestro segundo en busca del verdugo. Que traiga su instrumental de tortura. Pagará caro ese fraile rebelde la muerte de cuatro de nuestros hombres.

Fray Miguel quedó atado contra la madera del banco puesto en pie. Sonreía sin afectación ni esfuerzo.



—¡Calla, maldito seas!

—Que perdonada me sea esta rebeldía a la ley del "poverello d'Asis". Y no demoréis el castigo que merezco, hermanos míos. Tuve un arrebato impropio de mi hábito, y dejad que invoque la piedad inconmensurable del Señor por las cuatro muertes de que soy responsable.

Sympson acercóse al fraile, y con recio manotazo sacudió la ascética cabeza del vizconde de Almedinilla, cuyos labios sangraron.

—¡Calla, maldito seas!—rugió el inglés—. Años llevo en el Caribe, y si tu idioma entiendo y hablo como la mayor parte de mis filibusteros, nunca he visto a un español que insolente no fuera.

Fray Miguel asintió con la cabeza, pero en sus labios partidos

vagaba una sonrisa complacida.

CAPITULO V

Tigres contra tigres

Medio centenar de individuos hallábanse acampando en la cima boscosa de un altozano que se elevaba en la península diminuta de Paraguana, instalada como espolón erguido y avanzado de la costa venezolana en la ribera marítima oriental que conducía al lago Maracaibo.

En una caleta anclaba un velero, luces apagadas, totalmente invisible desde el mar. Los que en la cima acampaban disfrutaban de un panorama extenso que abarcaba desde la ruta del Caribe en su zona venezolana hasta el extremo sur del gran lago interior de Maracaibo.

Eran ya nueve los días que allí reposaban, y el Pirata Negro tomó una mañana por testigo de sus reflexiones a su lugarteniente, que para no enmohecer sus músculos acababa de sostener varias luchas "amistosas" con algunos de sus subordinados. Eran amistosas porque no estaba permitido el empleo de armas cortantes o de fuego; siendo libre el uso de dientes, uñas, puños y piernas.

Y "Cien Chirlos", con una ceja abierto por una vigorosa puñada, y un leve dolor en el estómago que un rudo rodillazo le había ocasionado, sentíase satisfecho, con aquellos "consuelos" que le desquitaban de la prolongada ociosidad de nueve días de quietud.

—Bien te has batido, guapetón—le saludó Lezama cuando el sonriente y horrible rostro de carátula de su segundo le escuchó respetuosamente—. Pero no eres leal, "Cien Chirlos"; cuando "Piernas Largas" te propinó el rodillazo, tú fingiste caer al suelo para luego pegarle un puntapié en el vientre al confiado andaluz. Hiciste bien; la lealtad es cualidad de perro o de romántico. Déjame mirarte, "Cien Chirlos". Sí, realmente posees dos cejas, una frente y

tus ojos viven; debo, pues, suponer que de vez en cuando piensas. ¿Qué piensas acerca de lo que aquí estamos haciendo? Habla tal cual pienses.

—Una vez dijiste, señor, que el aire de los pinos es bueno para los pulmones de borrachos. Pinos hay, y... todos esos son unos borrachos.

—Somos, valiente, somos. Pero no vine en busca de efluvios de resina para vuestros pulmones. Extiende la vista por cuanto nos rodea. ¿Ves el surco azul que como red de venas cruza toda esta comarca? Tanto líquido navegable tentaría a un experto marino que conociera la ciencia náutica cartográfica. Existen libros, "Cien Chirlos", que tu buen sentido no ha abierto nunca y que tratan de algo llamado Geografía. Ella enseña que el delta del Orinoco se abre al sur de la isla Trinidad, millas y millas al oeste, leguas y leguas por tierra. A su opuesto extremo, que es el que nuestros ojos ven, está el lago de Maracaibo, donde algunos de los afluentes que del delta parten, van a desembocar. Y esta gran línea recta que surca por el norte, y de oeste a este, la costa venezolana; es el camino en uno de cuyos puntos aparecerán, a no tardar, goletas filibusteras. Esa es la resina de pino que reservo para vuestros pulmones; la resina de los cascos filibusteros.

"Cien Chirlos" exhibió sus dientes mellados en horripilante sonrisa de anticipada fruición.

—Suman ocho goletas, guapetón. Darles frente sería lealtad inmerecida y estúpida. Las dirige un inglés virtuoso, que debo reconocer es valiente e inteligente si inhumano es también. Piensan saquear los españoles conventos de Cairén, Lagunillas y La Salina, para después ir hacia Arauca, según me contó el náufrago que en la isleta recogimos y que ha nueve días desembarcó en esta costa. De frailes y soldados españoles se me da un ardite, pero hay algo que perdonar no puedo. Atrevióse el inglés a decir que yo era galgo huidizo y que horca tenía esperándome. Y por haberme llamado galgo, he decidido hacerle pagar caro esa fanfarronada. Me dolería que nadie pudiera ganarme en fanfarronada, y por esto te digo, "Cien Chirlos", que Chester Tramp me resarcirá en goletas sus bravatas.

El siguiente crepúsculo, mostró a lo lejos, en el Caribe, el diminuto abanico de ocho velas que iban agrandándose. La

operación preliminar del ataque de la flota filibustera fué presenciada desde la cima del altozano de la península de Paraguana por la tripulación del “Aquilón”.

El triunfo de los filibusteros sorprendió al Pirata Negro, que daba por cierto que los consejos que a Fray Miguel le había dado, habrían sido seguidos al pie de la letra. Cuando vio salir del convento a los filibusteros portando sacos que cargaban en la nave “Pretty”, y tras el reparto, partieron las demás goletas río abajo, quedando sólo en el lago frente a Cairen dos goletas, el Pirata Negro sostuvo larga conversación con “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”.

* * *

Los cuatro filibusteros que no habían sido alcanzados por la espada del vizconde de Almedinilla, enmarcaron al fraile espadachín, que atado al banco, en pie, contempló a los dos capitanes filibusteros sentados frente a él, tras una mesa... La mesa en que habían consumido su última cena frugal los franciscanos de Cairen.

—Muerte diste a cuatro de nuestros hombres, fraile español— dijo Sympson—. Serás ahorcado, pero tus manos y tus pies serán cortados. Antes, sin embargo, recibirás treinta azotes menos uno. Cumplida queda la justiciera ley de nuestro jefe, el honorable capitán Chester Tramp. ¡Verdugo!

El filibustero, que al otro extremo de la mesa elegía con esmero una aceitada correa rematada en dos pedazos de agudo plomo, aproximóse haciendo restallar su látigo.

Y una sarta de imprecaciones sorprendidas llenó los ámbitos del refectorio, al sobresaltarse los siete filibusteros que simultáneamente miraron en dirección al lago que no podían ver y de donde acababan de estallar estrepitosamente dos fuertes explosiones, seguidas casi a continuación de otras dos estruendosas deflagraciones, que retumbaron con sorda magnitud de una hecatombe incomprensible.

En tropel, iniciaban los filibusteros una desbandada hacia la puerta, cuando sonaron dos restallidos que, silbando, enlazaron a dos filibusteros... Cuatro disparos aumentaron la confusión de los ya estupefactos bandidos...

En el umbral, un negro hercúleo de abultados bíceps impresionantes, era el que laceando el temible látigo

“rompecabezas” panameño, acababa de derribar al suelo al verdugo y otro filibustero que, abrazados el uno contra el otro, no podían moverse estrechamente trabados por las varias vueltas de la ancha y larga correa de plomizos cabos.

Junto a Tichli, el negro piloto cubano sordomudo, las pistolas de doble cebo del Pirata Negro, dispararon repentinamente sus cuatro cargas...

Y Sympson, lívido y castañeteando de dientes, apartó la vista del moribundo “lord” Antis, que, revolcábase en agonía junto a los tres otros filibusteros alcanzados también por los certeros pistoletazos del Pirata Negro.

Retrocedió espada y daga en mano, hasta que sintió en su dorso la presión de la mesa. El Pirata Negro adelantó unos pasos, interponiéndose entre el filibustero capitán y el banco, en pie, donde hallábase amarrado fray Miguel.

—Atacar a seiscientos españoles, siendo dos mil como eráis, fué cómoda empresa, inglés—dijo con dureza Carlos Lezama—. También lo fué asesinar impunemente a esos hombres que vestían sayal de renuncia a toda lucha humana. Vuestro pellejo de tigres encubre instintos de cobardes caimanes. Llevas en tu chambergo calavera y huesos de plata, filibustero, y en tu casaca te hiciste bordar la misma bravuconería, añadiendo la barra de oro de tu categoría de jefe de goleta. Veamos si tus dos aceros son de jefe o son como presumo tenedores en manos de asesino sin reaños.

Sympson defendióse con la desesperación del hombre que ha sabido leer entre líneas su inexorable condena a muerte. Prodigó las fintas traidoras de su daga, buscando el flanco del Pirata Negro, mientras su larga espada estoqueaba por el costado derecho.

Un recio mandoble en sesgo cercenó su muñeca izquierda y la daga, al caer, clavóse en el suelo, donde quedó vibrando... La vibración repercutió como un eco del temblor que agitó todo el cuerpo del filibustero inglés al ser atravesado de parte a parte por la espada del Pirata Negro.

Sympson quedó sentado en el suelo con su nuca contra el reborde de la mesa. Con fría indiferencia, Carlos Lezama apoyó el tacón de su bota en el pecho del moribundo filibustero para arrancar de la mortal herida el acero. Envainó...

Tichli desenrollaba las vueltas de su “rompecabezas”, porque ya

no lo precisaba para mantener inmóviles a los dos otros filibusteros, que yacían atravesados por sendas puñaladas de gracia en la garganta.

El Pirata Negro fué cortando en silencio las ligaduras que sostenían en pie a fray Miguel. Cuando el ex capitán de infantería quedó libre, volvióle la espada y con su daga rasgó la tela de la casaca de los "lords" del capitán Tramp. En su mano quedaron las insignias de la calavera y los huesos de plata bajo los que lucía la barra de oro. Introdujo los dos trozos de tela en su bolsillo.

—Por vez segunda, amigo mío, mi vida inútil has salvado—dijo mansamente el vizconde de Almedinilla.

—Razón tienes, fraile, al decir que inútil es tu vida—replicó secamente el Pirata Negro, dando media vuelta y encarándose con su interlocutor—. Culpable eres de esta degollina; si España cuenta con seiscientos soldados menos y unos cuantos frailes más en el cielo, que a ti te dé las gracias, fray Miguel. Me es imposible creer que esta turba de filibusteros lograra vencer, en tan corto plazo, una guarnición de dos mil españoles prevenidos. Te advierto que se me importa un rábano de españoles soldados y de sayales, pero cuando me meto a dar consejos, mejor hubieras hecho en seguirlos.

—Repetí tus consejos letra por letra al noble caballero, que en gloria esté, y que mandaba esta guarnición. En su opinión, tus sensatos consejos no eran más que añazaga para desguarnecer los destacamentos del interior y saquearlos. Triste ha sido el motivo, pero al menos he logrado que me tutees, hermano.

El Pirata Negro emitió una breve carcajada burlona.

—A veces he pensado en ti, fray Miguel. No sé si loco eres, o tu bondad es tanta, que de las humanas torpitudes no te das cuenta. Sea como sea, mala hierba debiste un día ser... porque dicen que mala hierba nunca muere. Y yo siempre estoy en pie, y por dos veces te veo salvado de matanzas que a ninguno de los tuyos ha perdonado. ¿Qué hacías allá amarrado como un moderno mártir en circo de fieras sin alma?

—Al iniciarse el combate, quise presenciarlo desde lo alto de la torre-campanario. En el interior del bronce de la única campana pasé desapercibido al registro filibustero, colgándome del badajo. Descendí después para rezar por mis hermanos y me sorprendieron en la plegaria. Debo confesar que indigno soy de lucir sayal.

Instantes antes, besé la frente destrozada del comandante, señor Hernando de Ojeda, y le quité su espada y su daga. Tuve un momento de rebelión... y cuatro filibusteros están, por mi mano, rindiendo cuentas ante la misericordia del Señor. Según parece, el filibustero jefe Tramp, tiene peregrinas leyes, y a una de ellas le debo el que, queriéndome castigar merecidamente por tribunal, pueda ahora estar ante ti hablándote. Repito sinceramente, hermano: soy indigno de lucir sayal de humildad. Rebrota a veces en mí el que antaño fuí.

El Pirata Negro desfrunció el ceño, mirando con curiosidad a aquel desconcertante y original franciscano,

—¡Por los cuernos quemados de un carnero! ¡Sois fraile especial!

—Vedado me está emplear exclamaciones viriles—dijo sonriendo el franciscano—. Pero quizás reconozcas que no eres tú un pirata común. Has aparecido como un diablo honesto y vengador. Las explosiones, el silbido del látigo y los disparos han sido música que me temo no fueron del agrado de estos pobres desdichados filibusteros.

—Dime, tú que aprecias a todos los animales de todo pelaje, ¿qué utilidad supones tiene un pellejo de mulo?

—Cubrirle la carne de la intemperie.

—Yo le he hallado otra utilidad infinitamente superior. Cuatro de mis hombres montaron en sendos pellejos de mulo inflados y nadaron en la noche por el lago. Dos iban hacia una goleta, y los otros dos, se dirigían a la segunda. Metiéndose debajo del espacio de popa, entre timón y estambor, lo rellenaron con estopa y azufre y les prendieron fuego. Fué un alegre espectáculo. Los filibusteros, tan alarmados como asombrados por la densa humareda, corrían de arriba abajo por cubierta, sin atinar de dónde el fuego provenía. Por el estambor, el azufre llegó prontamente a las Santas Bárbaras... y estas fueron las explosiones que oísteis. No quedan rastro de goletas, y me complace, señor fraile, en comunicarte que he borrado dos de las palabras ofensivas del capitán Tramp. Han volado por los aires con maderos y pólvora todos los filibusteros de las dos goletas. ¡Habla, maldito seas! Dime que soy un feroz y bestial pirata común. Dime que empleo tretas de reptil. ,

Fray Miguel hizo algo extraño; despojóse del sayal y quedó semidesnudo. Arrodillándose junto al cadáver del Prior, colocó su

hábito doblado bajo la cabeza blanca del anciano.

—¡Padre mío; debo renunciar a vestir hábito del que indigno soy! ¡Intervenid en el cielo para que me sea perdonada mi rebeldía!

Alzóse el vizconde de Almedinilla, y aunque sonriente con afabilidad, en sus ojos lucía un brillo intenso.

—Ahora sí que llamaros puedo, con razón, hermano mío, señor Lezama. ¿Queríais que os llamase pirata feroz y bestial? ¿Queríais que os tildara de reptil mañoso? Los tigres deben luchar como tales contra los tigres, y ese ha sido vuestro proceder. Pero si como hombre apruebo vuestra actitud y os doy gracias como español, lo mismo no podía deciros mientras vistiera ropa de fraile. Miguel Almedinilla me llamo. ¿Aceptáis mi mano?

El Pirata Negro estrechó la diestra que le era tendida.

—Pienso ir río abajo, Miguel Almedinilla. Partiré ahora en busca de mi "Aquilón". ¿Os acomoda acompañarme?

—Os quedo agradecidísimo, Carlos Lezama. Pero dejadme antes que rece un "requiescat in pace" a los señores Antis y Simpson.

CAPÍTULO VI

Hienas entre hienas

James Bratt había sido aleccionado por su amigo Robert Cockin, poco después de que en Saint-Kitts habían entrado a formar parte como “lords” de la flota del capitán Tramp.

Y mientras la goleta de James Bratt navegaba solitaria por uno de los afluentes que a los dos días de ruta debería reunirle con las naves restantes ante el destacamento de Lagunillas y de la La Salina, el capitán Bratt cortó en su camarote la pluma de ganso con la que disponíase a estrenar las páginas del diario que Robert Cockin le había entregado, para que como “Lordship” británico llevase diaria cuenta de las novedades.

James Bratt entretuvo dos horas en la confección de un laborioso párrafo, del que quedó satisfechísimo. Decía:

“A bordo de mi goleta, en un día muy caluroso y navegando entre selvas llenas de mosquitos.

”E1 ron, agotado. Mi tripulación, sobria a la fuerza, empieza a quejarse. Una maldita confusión con síntomas de motín si esta calma chicha continúa en las bodegas. Todo el mundo dice que si se hicieron filibusteros para beber agua, que prefieren ser gentes como los demás. Estoy agudizando mi ingenio para remediar esta deplorable situación. Nos va bien con el honorable Tramp, pero el ron es el ron.”

Al amanecer siguiente, el pulso del capitán James Bratt temblaba mucha, pero escribió con alegre semblante:

“A bordo de mi goleta, en una madrugada fresca y pronto al término de mi solitaria navegación.

”He saqueado un poblado indígena que almacenaba gran cantidad de un licor especial que sacan de los jugos de ciertos

“cactus”. Sabrosísimo. Nos trajimos también algunas mujeres del poblado. Una noche muy satisfactoria. La tripulación se sacudió el aburrimiento y las cosas han vuelto otra vez a su calma.”

* * *

El honorable Chester Tremp, bajo la tienda de lona tendida rápidamente en una de las innumerables isletas que jalonaban el curso de los ríos venezolanos, estudiaba con detención el mapa especial dibujado por su cartógrafo Sympson, en Saint-Kitts.

Señaló dos puntos a ambos lados de un trazo azul a los demás “lords” que le rodeaban.

—Empezaré la expedición, ya que el “lord” señor Bratt está en retraso sobre la hora señalada para reunirnos.

—Quizás, capitán—intervino Cockin—su singladura ha sido más dificultosa, porque tuvo que remontar más largo trecho de curvas.

Chester Tramp pareció no haber oído las palabras de Robert Cockin, porque repiqueteó con su índice en los dos puntos negros dibujados en el círculo relleno de tinta junto al trazo azul.

—La línea azul es la confluencia de los varios afluentes por los que hemos descendido separadamente. Es decir, que estos dos puntos son Lagunillas y La Salina, que distan veinte millas. Esta noche, a las doce y media, cero treinta, vos, señor Ashes, y vos, señor Owel, atacaréis el destacamento de Lagunillas, donde hay solamente cien soldados. Os seguirán en la ruta los señores Dennis y Cockin, que pasarán de largo en dirección a La Salina, cuando esté libre el camino. Y a continuación, mi goleta irá a reunirse en La Salina con las restantes. Formaréis línea de retaguardia, señores Owel y Ashes, una vez hayáis tomado el destacamento de Lagunillas. En ambos sitios, poco botín recogeremos, pero quedará abierto el camino hacia Arauca. ¡Arauca!—y el pasible inglés lanzó su exclamación con contenido entusiasmo codicioso—. Cuando queden rebasados los puestos defensivos de Lagunillas y La Salina, se abrirá ante nosotros la ruta azul del Arauca, que, a medida que se acerca al poblado español de este nombre, va tornándose verde. Verde esmeralda. Esmeraldas, señores, que las reales minas de Arauca proporcionan generosamente. Y, con acierto que alabo, los españoles no sólo confían a los frailes conventuales la custodia de sus pagas, sino también el atesoramiento de las preciosas gemas verdes, que una vez por año dos galeones, protegidos por la Armada

española, vienen a recoger por el linde colombiano del Pacífico. Y faltan aún dos meses para la llegada de esos galeones. Con lo cual podéis, señores, suponer la inmensa fortuna en gemas verdes que atesora el convento de Arauca, que es la meta de nuestro viaje. Puedo anticiparos, y no soy amigo de jactancias, que si todos respondéis al segundo en los respectivos cometidos que os he señalado, cuando regresemos al Pacífico poseeremos cada uno la riqueza de un emperador mogol.

Cada "lord" recibió la meticulosa instrucción escrita, en la que, con maestría de experto nauta, el capitán Chester Tramp había calculado con precisión la hora de salida, la velocidad media a que debía tenderse el velamen y la hora de ruptura de las hostilidades. Era tan reglamentario, que también especificaba: "Serán rematados a muerte cuantos supervivientes quedaren, en evitación de que por tierra y a caballo pudieran llevar la alarma a Arauca."

A los "lords" Ashes y Owel se les ordenaba permanecer anclados frente a Lagunillas una vez tomado el establecimiento, debiendo sólo zarpar a la madrugada siguiente, yendo en marcha lenta de retaguardia.

A las cinco de la tarde, no había aún llegado la goleta del capitán James Bratt. Chester Tramp dió la orden de salida a Ashes y Owel, que iniciaron el descenso del río, hacia el destacamento de Lagunillas.

A las siete de la tarde, seguía sin aparecer James Bratt y sus filibusteros. Chester Tramp dió la orden de salida a Dennis y Cockin hacia el destacamento de La Salina.

A las siete y media, cuando ya el crepúsculo ennegrecía el horizonte y faltaba tan sólo media hora para que la nave almirante de Chester Tramp zarpara, el vigía de la isleta dió la voz de "¡Barco a la vista por el norte!",

La cubierta de la nave de James Bratt rebosaba de agua. El agua con la que el capitán Bratt, ayudado por los más sobrios, que en cubos la iban sacando del río, había estado inundando al resto de la tripulación, para sacarles de la embriaguez y laxitud producida por el jugo de plantas y las mujeres del poblado indígena saqueado.

Y James Bratt respiró satisfecho cuando dando vista a la isleta, pudo hacer formar en cubierta a su tripulación, que ya no se tambaleaba. Ancló la goleta, y como ordenaban sus instrucciones,

James Bratt, al frente de sus ciento cincuenta filibusteros, descendió a tierra y todos los hombres formaron en hilera de a cuatro en fondo.

Chester Tramp, al frente de sus doscientos filibusteros, elegidos con esmero, formados también en hilera, de a cuatro, devolvió el saludo que elevando y abatiendo la espada le hizo su “lord” James Bratt.

—¡Reposo!—ordenó Tramp.

Los trescientos cincuenta filibusteros abandonaron la posición de firmes, para cruzar las manos al dorso y abriendo las piernas quedar en más cómoda postura.

Chester Tramp señaló a James Bratt su tienda de campaña. Con secreto regocijo, James Bratt, contento de haber inflingido las “puritanas” leyes del quisquilloso Tramp, sentóse en el interior de la tienda, mientras aguardaba que viniera el virtuoso jefe filibustero.

Tres minutos después, Chester Tramp entraba y sentábase frente a su “lord”. Los dedos de Tramp, en gesto favorito, juguetearon con los eslabones de su gruesa cadena de oro rematada por la nave adiamantada.

—¿Hubo alguna novedad, señor Bratt?

—Ninguna, capitán Tramp. Remontamos equivocadamente un ramal derivado y esa ha sido la causa del retraso.

—Tened en cuenta, señor Bratt, que si yo pongo en la elaboración de mis planes la mayor meticulosidad es para evitar equivocaciones. Bien claramente os dibujé en vuestro plano el camino a recorrer, señalándolo en latitudes y longitudes, y no había posibilidad de confusiones.

—Vos procedéis de escuela náutica y yo soy simplemente un navegante por estima.

—Alguno de vuestros hombres huele de forma especial, señor Bratt. ¿No deseáis modificar vuestra afirmación de que no hubo novedad?

—¡Condenada sea mi alma si os miento, que es lo que parecéis insinuar! — gritó Bratt acalorándose—. Me harta a veces vuestra manera de hablar. Dais la impresión de un maestro de escuela regañando a mamoncetes. Yo soy hombre de los que prefieren ser llamados “perro piojoso” y tratado con menos ceremonia. Soy un filibustero que he saqueado, violado y blasfemado, y quiero que os

deis bien cuenta de ello.

Chester Tramp continuó jugueteando con su collar. Era su ademán favorito porque sus dedos ofrecían así una gran proximidad con los dos cabestrillos de seda que mantenían sus pistolas a la altura de sus hombros. Su semblante continuó siendo una máscara impasible.

—No seré yo quien os enseñe a ser un perro piojoso, señor Bratt. Fué precisamente para todo lo contrario que os enrolé a vos y a vuestros hombres. Si en Saint-Kitts pronuncié un largo discurso, lo hice como suelo hacerlo, de una vez para todas. Quedó bien patente mi arraigada convicción de que bajo mi pabellón se saquea y se mata..., pero nada más. Dije claramente que puede beberse en las horas francas de servicio; y vuestra tripulación estaba en servicio desde que partimos de Cairen. ¿A qué obedece, pues, el olor a jugo de piteras selváticas que despiden por el aliento?..

James Bratt parpadeó. Personalmente no sólo había duchado a sus hombres, sino que uno por uno habían recibido en sus bocas la poca cariñosa esponja empapada en vinagre con la que James Bratt frotó vigorosamente sus labios, obligándoles a ingerir el ácido y acre líquido que borrara toda huella de la orgía y borrachera.

—¡Voto al diablo, piojoso, que mentís como bellaco!—exclamó colérico—. A mi bordo nadie ha bebido más que el cuartillo de vino de los yantares y el café de los turnos de servicio.

—Infringís mis leyes una tras una, señor Bratt—dijo Tramp serenamente—. Lanzáis ternos en mi presencia; os rebeláis contra mi autoridad acusándome de mentir. Sabed de una vez por todas también, que cuando yo hablo sé que la razón me asiste. En el trecho del Guanare, milla treinta y una, grados 72 veinte y 8 siete, anclasteis para entrar a saco en un poblado indígena.

James Bratt blasfemó en voz ronca y baja por espacio de cinco segundos. Avezado a astucias y traiciones, no separaba los ojos de los dedos de Tramp, que seguían jugueteando con los eslabones de oro.

—¿Tenéis cochinos espías?—preguntó sordamente—. No comprendo cómo puede saberse lo que... ¡Toda mi tripulación me es fiel y ninguno de vuestros espías está en mi cubierta!

—Necesitabais mi acaudillamiento, señor Bratt. Vuestro cerebro no está en proporción a vuestro volumen corporal. En cada nave

que está a mis órdenes hay un hombre asalariado que es con sus ojos, el representante de mi fiscalización. En Saint-Kitts elegí al que más apto me pareció y aunque sea un dispendio que de mi fondo particular pago, lo doy por bien empleado, ya que siempre sé a qué atenerme.

—¡Al fin y al cabo eran bestias salvajes los del Guanare! ¡No veo razón, maldita sea la horca, para que os formalicéis, por sangre de más sangre de menos!

—Esas menudencias tiénenme sin cuidado, señor Bratt. Los hechos que os reprocho son: embriaguez en la tripulación, rapto de mujeres, retraso en el horario estipulado y falsos asertos.

James Bratt púsose en pie, con las manos engarfiadas. Chester Tramp no dejó de juguetear con su collar.

—¿Estamos acaso en la Armada Inglesa? Vos y vuestra honorabilidad os podéis ir al diablo. Si me alisté a vuestro servicio, Chester Tramp, fué porque mi amigo Robert Cockin insistió. Pero ahora frente a vos, os digo que sigáis vuestro camino sin mi nave. Quiero volver a ser hombre libre, sin trabas de inglés puritano. ¿Os creéis, quizás, caballero honrado? Sois tan bandido como yo y los demás..., pero os gusta aparentar hipócritamente un puritanismo que me asquea. ¡Al diablo con vos! Y cuidad de guardar los dedos quietos, que por la mano no hay quien me gane. Y si artillería tenéis, tampoco yo estoy desmantelado.

—Debo, pues, añadir a todas vuestras faltas graves, la imperdonable de insubordinación. Desprecio los fanfarrones, señor Bratt. Alardeáis de ligero de manos. Demostrádmelo prácticamente, porque os aseguro que no saldréis de esta tienda por vuestro pie.

El tono de Chester Tramp era su habitual y únicamente sus ojos expresaban una maligna seguridad en sí mismo. Aquel aplomo con que el filibustero sentado y de gordezuelas manos apoyadas en el collar le hablaba, colmó la exasperación del poco paciente James Bratt.

Sus manos descendieron con pasmosa velocidad hacia las entrecruzadas culatas de sus dos pistolas, que asomábanle en la faja. Levantaba los dos cañones, cuando dos disparos partieron del jefe filibustero...

Doblóse James Bratt por la cintura al recibir en el vientre la descarga que con prodigiosa celeridad, acababa de dispararle

Chester Tramp. Vacilando en pie, Bratt presionó sobre los gatillos, pero los plomos hincáronse en el suelo.

Veláronse los ojos de James Bratt, y fué desplomándose lentamente como un saco vacío, pero aún en los últimos instantes vitales, pudo oír la impasible voz inalterable de Chester Tramp, diciéndole:

—Os advertí que despreciaba a los fanfarrones, señor Bratt. Si nadie "os ganó por la mano", debisteis pensar que alguien podía hacerlo algún día. Y habéis elegido la muerte que os esperaba como... perro piojoso que erais. Que vuestros amigos los demonios os deparen grata acogida.

Chester Tramp levantóse enfundando en sus cabestrillos de seda las humeantes pistolas. Hábilmente las cebó de nuevo, y dando una gran zancada para pasar por encima del cadáver de James Bratt, salió al exterior.

Frente a frente, las dos hileras de filibusteros manifestaban en sus actitudes un repentino recelo. Obedecieron, sin embargo, a la voz de mando con la que Chester Tramp ordenó la posición de firmes.

—¡Atención, filibusteros a mi mando! Por incumplimiento de sus obligaciones de jefe, mi "lord" señor James Bratt ha cesado de existir. No culpo en nada a su tripulación, ya que no es responsable de la incapacidad de sus jefes. Hago constar, no obstante, que mi voz habló para todos en Saint-Kitts. Expreso mi descontento, tripulación del difunto señor Bratt, por no poder felicitar a alguno de vosotros que hubiese manifestado con su abstención en beber y en gozar de mujer raptada, que mis palabras de exhortación a la templanza no fueran atendidas. Olvidado queda este incidente, y os nombro por nuevo jefe a mi contramaestre, señor Irish. Quedaréis en esta isleta formando mi segunda retaguardia. El día en que finan mis operaciones hacia Arauca, remontaréis el río hacia Cairen para reuniros con la extrema retaguardia de los señores Antis y Sympson. Allí procederemos al reparto de botín. El copioso botín que os consigue mi acertada dirección. ¡Contramaestre Irish! ¡Al frente de la tripulación del difunto señor Bratt! Procurad no incurrir en falta. Mi comprensión de las debilidades humanas os perdona por esta vez.

Un robusto irlandés salió de las filas de la tripulación del

“Resistance” para colocarse en cabeza de los filibusteros, que hasta entonces habían sido mandados por James Bratt. A la usanza inglesa, el contramaestre elevó su chambergo, y emitió los tres “hurra”, que fueron coreados por los restantes filibusteros.

—¡Media vuelta! — gritó Irish—. ¡De frente de a cuatro! ¡Revisión a bordo!

Iniciaron su desfile los ciento cincuenta filibusteros; sólo cuando llegaban a la ribera de la isleta, y vueltos de espaldas iban entrando en las lanchas, Chester Tramp abatió el brazo derecho.

Una espantosa salva de disparos atronó la quietud del ancho río. Cogidos de sorpresa, los confiados filibusteros fueron segados como haces de trigo bajo la guadaña certera de las cuatro filas de los doscientos filibusteros del “Resistance”, que obedeciendo a las anteriores y susurradas órdenes de Chester Tramp, habían adoptado la estratégica formación cuádruple.

La primera hilera de cincuenta hombres tendida en el suelo y prolongados por sus mosquetes apoyados en la hierba; la segunda hilera arrodillados y la tercera y cuarta en pie, apoyando los cincuenta de la última hilera sus mosquetes en los hombros de sus compañeros de delante.

Descargados los doscientos mosquetones, fué disciplinadamente que las pistolas dispararon de nuevo... Los pocos supervivientes fueron a continuación rematados a puñaladas...

Los doscientos filibusteros regresaron, terminada esta labor, a su anterior postura. Chester Tramp, ante ellos, jugueteó con los eslabones de su collar.

—Dentro de unos instantes embarcaremos, hombres del “Resistance”. Mi pabellón ondea victorioso porque nunca ha admitido bajo su insignia a indisciplinados. Esos hombres a los que habéis por mi orden ajusticiado, tarde o temprano nos hubieran llevado al fracaso. Que sus huesos, al blanquear, pregonen que la ley del capitán Tramp es inviolable.

Cuando el “Resistance” partió río abajo, dejando tras su estela una isleta poblada en su margen sur de cadáveres amontonados, el rígido marino abrió en su camarote las páginas de su diario de navegación.

“Noche del viernes 15 del mes de julio de 1700. Grados 72 veinticinco y 8 dieciséis. Rumbo sureste.

”Por indisciplina han sido ejecutados el señor James Bratt y su tripulación. Tuvo que ser sacrificado el señor Irish, buen contramaestre, para confiar a los condenados a muerte. La vida del señor Irish evitó una lucha en la que no podía perder a ninguno de mis propios hombres. Considero también imparcialmente que el señor Irish manifestaba tendencias a hurtarse hábilmente a mi vigilancia, ocultándose en la escotilla de estambor para beber durante el servicio. No hay más novedad.”

CAPÍTULO VII

Patente de corsario y captura del "Aquilón"

El “Aquilón” descendía majestuosa y lentamente por el caudaloso y ancho cauce del afluente que serpenteando hacia el sur de la comarca venezolana corría por entre tupida y enmarañada vegetación.

Quedaba ya muy atrás el lago de Maracaibo y los restos de lo que fueran el convento y los cuarteles del destacamento de Cairen.

Aspirando el balsámico aroma de la noche titilante de estrellas, por cuya obscuridad iba deslizándose en silencio el “Aquilón”, Miguel de Almedinilla, vistiendo atuendo mosquetero que perteneciente al Pirata Negro veníale holgado y sobradamente largo, señaló frente a él muy a lo lejos un punto indefinido.

—Desde este castillete de pro, caballero Lezama, me parece percibir la amenazadora caravana filibustera, que piensa repetir su hazaña de Cairen en los desprevenidos destacamentos de La Salina y Lagunillas.

En la penumbra, el Pirata Negro miró de soslayo al ex franciscano.

—Sois diplomático hábil, caballero Almedinilla, desde que vuestras vestiduras de fraile habéis abandonado. Ardéis en deseos de averiguar los motivos por los que antes de zarpar de Paraguana destaqué en lancha al andaluz “Piernas Largas” con cuatro remeros, y por qué cargué a bordo, después de lacearlos, dos potros salvajes, en cuyo desbravamiento perdí cinco horas. Habéis con toda exactitud definido a los filibusteros de “caravana”; no navegan así por gusto sino por necesidad táctica. Es ancho este cauce pero no es como el mar amplia extensión que permite abrirse en abanico. El honorable Tramp supone su retaguardia cubierta por los

inexistentes barcos de Sympson y Antis; pero no puedo correr el riesgo de navegar a toda vela y darme de proa a popa con el casco de cola de la caravana filibustera. “Piernas Largas” en labor de avanzadilla y espía nos evita un brusco contacto, y el anteojo de mi vigía de cofa sigue sin perder de vista la estela de la lancha del andaluz. En cuanto a los dos caballos nos servirán a vos y a mí, para tan pronto “Piernas Largas” trabe contacto visual con la última nave filibustera, ir nosotros por tierra a conversar con vuestros compatriotas de Lagunillas y La Salina.

—España algún día sabrá agradecer vuestra intervención salvadora, caballero Lezama.

—No quiero agradecimiento de nadie y me hinchan las narices tanto “caballero Lezama”, señor. Más me gustabais de franciscano; ahora me oléis excesivamente a vizconde cortesano.

—Fácil arreglo tiene. He observado que tus hombres te llaman “señor”, aunque te tutean. Gran confraternidad que apruebo, y como hombre soy a tu bordo déjame ser como los otros, señor.

—Eres un conglomerado extraño, vizconde. Si España le debe agradecimiento a alguien será a ti, porque quizás en recuerdo del franciscano que fuiste estoy ayudando al vizconde que eres... No es tu culpa si noble de título naciste.

La carcajada de Almedinilla fué alegre y bondadosa.

—El día que escriba mis memorias, señor, muchas páginas dedicaré a tu persona. Sabía que entre los aventureros se hallaban personajes de fascinante carácter, pero nunca imaginé existiera tal reciedumbre de temple acerado y toledano en pirata que surcase desafiante el Caribe.

—¿Te aficiona la historia picaresca de truhanes y bribones? Te contaré, pues, vizconde, realidades de la vida común pirata que tú ignoras. No te las cuento por afán de charlar e ilustrarte, sino para que cumplas con la misión que te destino. ¿Has oído hablar de lo que son las patentes de corsario?

—Permisos y autorizaciones legales que ciertos gobiernos, pero no el español, conceden a los piratas desocupados para que sigan pirateando por cuenta de los que les conceden el derecho a saquear naves y tierras de otra nacionalidad. ¿Yerro, señor?

—Atinas. Y con mucho orgullo afirmaste que el rey español no quiere corsarios, salvo rarísimas excepciones. Por hidalgos, a veces

perdéis los españoles ocasiones de medrar.

—No debes reprochármelo, señor, ya que hidalgo español tú eres.

—Mestizo panameño, vizconde. Sangre española creo llevar, pero si español fuera aconsejaría al rey que no escatimara tanto sus patentes de corsario. Hay ocasiones en que como te dije ha tiempo, para luchar con tigres los leones no sirven. Deberíais imitar a los ingleses, que son comercialmente mucho más listos que vosotros. En las inglesas islas de Bahama, nidal de rocas de todos tamaños y formas, existen excelentes posiciones bases piráticas, y sus gobernadores se hallan siempre dispuestos, mediante dinero y participación en los beneficios, a conceder patente de corsario a ociosos piratas. Muchos filibusteros que nunca se atreverían a acercarse a las Bahamas, lléganse a Nueva Providencia gobernada por míster Gloves, que otorga patentes en blanco, para que los propios solicitantes las rellenen como mejor les parezca. Y tales patentes van contra los intereses españoles. ¿Quieres una anécdota curiosa para tus futuras memorias? Hubo un filibustero danés Olafson Hodjin, que saqueó buques, robó iglesias vuestras y quemó poblaciones bajo la autorización del gobernador de una isla danesa. Este precioso documento, adornado con florida rúbrica del gobernador y con sellos imponentes, estaba redactado en lengua danesa y Olafson Hodjin lo exhibía majestuosamente a los jefes ingleses y franceses con los que se tropezaba, los cuales no se oponían ya a su singladura. Pero un día, alguien con conocimiento del danés tuvo la curiosidad de además de estimar el valor de los legítimos sellos legales, traducir el texto y descubrió que no autorizaba al portador, sino a cazar cabras y cerdos en la Española. Si no fuera trágico sería gracioso.

—Recordaré esta anécdota y estoy cierto que su publicación en España si no causa la menor gracia, disminuirá aún más la concesión de patentes de corsario.

—Una quiero yo para poder andar libremente por Arauca.

—¿Cómo dices, señor? ¿Tú, el águila real, quieres en cuervo convertirte? Tus motivos tendrás, pero no caigo en ellos.

—Admiro la bravura, y me causa irritación ver que vosotros con heroico temple orgulloso, vais a ser bocado para la nube filibustera. Mi cuenta pendiente con el inglés honorable la liquidaré a su

tiempo, pero quiero evitar que en Lagunillas y La Salina se repita lo ocurrido en Cairen. Cuando “Piernas Largas” vea la estela de la última goleta filibustera, tú y yo desembarcaremos y sin ahorrar espuela visitaremos al jefe español de los dos destacamentos. Allí preséntame como quieras, que poco me importa, y déjame hablar.



—Bienvenido seáis...

—En Cairen me instruyó el prior que debería visitar misionalmente la ciudad de Arauca, pasando antes por Lagunillas donde tiene instalado su puesto de mando el capitán aragonés Rafael Maiquez Concha, recio ejemplar de hombre entero, al cual conocí en el destacamento español de su puerto gaditano.

* * *

Rafael Maiquez, hijo primogénito de la casa marquesa de la Concha, sabía acomodarse a todas las situaciones y sacaba el mejor partido que podía de las selváticas condiciones de su campamento.

Cuando el sargento de guardia vino a comunicarle que dos caballeros españoles uno de los cuales era el vizconde de Almedinilla, deseaban ser recibidos después de un largo galope desde Cairen, el capitán Maiquez, aunque como buen aragonés, poco amante de exteriorizaciones afectuosas, salió al encuentro de los visitantes que recibió en el umbral de su tienda de campaña.

—Bienvenido seáis, amigo Almedinilla. Años ha que no he tenido el honor de saludaros. Pasad, hacedme el favor.

—Fuimos grandes amigos de guarnición, ¿verdad, capitán? Os conozco y sé que no os alteraréis mucho si me permito presentaros al caballero que me acompaña. Es para mí el hidalgo Carlos Lezama: en el Caribe le apodan el Pirata Negro.

Rafael Maiquez, atlético hombretón de espesas cejas, no pudo reprimir que su cuello se encogiera en repentino “tic” nervioso.

—¡Rediez, vizconde Almedinilla! Veo que seguís como siempre gustando de las sorpresas. Pero bien dijisteis que os conozco, y si para vos el caballero que os acompaña es un hidalgo, lo es para mí. Ahí va mi diestra, señor Lezama.

—Me place conoceros, capitán Maiquez, y celebro que sin aspavientos admitáis como natural la presencia en destacamento español de un pirata como yo.

—Quien azarosamente vive, de los azares de las circunstancias no se sobresalta. Tomad asiento, caballeros. ¡“Maño”!—y a la voz acudió un asistente—. Saca el barrilito de Cariñena para honrar a mis huéspedes. Bien, amigo Almedinilla, me contaron antes de salir de España que habíais revestido hábito de franciscano. Decían que cuando en vuestra lista de conquistas y duelos tachasteis la dama número quince y el muerto en duelo número veintidós, os sentisteis un gran pecador y decidisteis cambiar la espada por la cruz. Pero lleváis espada.

—Azares de las circunstancias, capitán Maiquez, como antes decíais. Pero terminada la misión que debo cumplir, de nuevo trocaré la espada por la cruz. Ahora debéis oír largo relato...

—Procura hacerlo breve, vizconde — intervino el Pirata Negro —. No te olvides que van acercándose a estos parajes un par de millares de filibusteros.

Rafael Maiquez, que saboreaba su vaso de Cariñena, encogió de nuevo el cuello en “tic” nervioso de asombro.

—¡Rediez, señor Lezama! ¿Os habéis contagiado del afán de Almedinilla en producir inesperados escalofríos? ¿Un par de millares de filibusteros? Anunciáis ese aluvión de langostas, como si se tratara de nubecilla de mosquitos.

Miguel de Almedinilla contó detalladamente pero con concisión todos los hechos ocurridos desde Saint— Kitts.

—...y no puede repetirse lo sucedido en Cairen. A eso hemos venido, capitán Maiquez. Pero ahora cedo la palabra a nuestro amigo.

—Necesito de vos dos cosas, capitán Maiquez. Como jefe de destacamento tenéis atribución para conceder patente de corsario; firmádmela. La quiero para poder, con mis cincuenta hombres, transitar libremente por las calles de la ciudad de Arauca, que es meta de la coalición filibustera. Admiro la bravura española, pero pecáis de temerarios. Tengo a triste orgullo deciros que en lucha de tigres, mis garras son venenosas y eficaces como ayuda para los zarpazos nobles de los leones españoles.

—En Arauca es jefe de las fuerzas un viejo y jovial comandante del que fuí en tiempos ayuda de campo. Bastará con que os escriba carta de garantía para él, y transitaréis libremente por Arauca. Pero no llegarán ahí los filibusteros, porque no debéis olvidar que mando en trescientos españoles.

—Ya ruge el león — dijo sonriente Lezama. Y con diplomacia añadió—: Si los dos mil filibusteros ingleses de frente atacaran, venceríais. Pero emplean ardides para vos desconocidos y permanecer aquí sería ofrecer al degollador Chester Tramp trescientos muertos más. Esa era la segunda cosa que os quería pedir. Tarde va haciéndose y pronto aparecerán por el río las goletas atacantes. Mandad la retirada y vuestros trescientos hombres añadidos a la guarnición de Arauca, podrán resistir y vencer el sitio con que a no tardar las fuerzas filibusteras cercarán el “eldorado” de Arauca.

—No vaciléis, capitán Maiquez — apremió Almedinilla—. Recordad al comandante Hernando de Ojeda...

—Paréceme militar y oportuna esta retirada — aprobó Maiquez —. No os precisa, pues, mi carta de garantía, señor Lezama. Yo mismo os presentaré al comandante de Arauca, porque supongo me haréis el honor de acompañarme. I

—En Arauca nos veremos, capitán Maiquez. Dad ya orden a vuestros cornetas que toquen a generala y retirada. Yo debo partir de nuevo a reunirme con mis hombres del “Aquilón”. ¿Os figuráis un largo reptil que a modo de gigantesca “anaconda”, la boa brasileña del Amazonas, avanza hacia aquí? Es anaconda formada por seis naves, y me deleita pensar que si la fortuna me acompaña,

puedo aún cercenar otra porción del rabo de esa serpiente. ¡Hasta Arauca, señores!

* * *

Chester Tramp, pese a su impasibilidad, sintió ascender por sus venas un brusco ardor de cólera, cuando contraviniendo sus elaborados planes en vez de cruzarse solamente con las naves de Ashes y Owel, halló ante el silencioso campamento de Lagunillas las restantes naves.

Poco después, los "lords" Ashes, Owel, Dennis y Cockin, reuníanse a bordo del "Resistance" bajo el toldo de cubierta, donde les aguardaba un severo y erguido juez, que tal fué la impresión desagradable que en Robert Cockin produjo el semblante de Chester Tramp.

—Como más antiguo, "lord" Dennis, a vos os toca explicar por qué inexplicables motivos todos vosotros habéis incumplido con mis instrucciones. Especifiqué bien a las claras y cuando hablo, hablo una vez por todas, vuestros distintos cometidos. Nada reprocho a los señores Ashes y Owel, ya que su obligación era permanecer en estas aguas. Hablad, "lord" Dennis.

—Cuando con el señor Cockin llegamos a esta altura, fuimos advertidos por emisario de los señores Ashes y Owel, que el destacamento español de Lagunillas estaba desierto y que las fuerzas habían levado tiendas. Seguimos nuestro navegar hacia el próximo establecimiento de La Salina, y tras explorar detenidamente los contornos comprobamos también que no había un solo español. Ese es mi informe, señor.

Chester Tramp dirigió personalmente la exploración que por grupos numerosos exploró los contornos, y de nuevo reunió al amanecer a sus lugartenientes.

—Cabe pensar, señores, que por razones ignoradas los españoles decidieron abandonar esos destacamentos. Quizás—y apareció el humorismo británico que en raras ocasiones exhibía el londinense—supusieron los hidalgos que bastaba con la protección de Cairen y estimaron inútil perder el tiempo desperdigando fuerzas en comarca suficientemente protegida por la base de entrada del Maracaibo. Coincido con ellos en esta forma de pensar: hubiera sido inútil que aquí recibieran nuestra visita. Vos, señor Ashes, y vos, señor Owel, permaneceréis en segunda retaguardia anclados en estas aguas.

Zarparéis esta noche y os reuniréis con todos nosotros en Bucaramanga, término final, donde acamparemos frente a Arauca. Señores Dennis y Cockins: aprestaos a zarpar. Os sigo.

Retiráronse todos, y abandonaron el "Resistance". Pero Robert Cockin, menos discreto y menos conocedor del carácter de Tramp que los demás lugartenientes, volvió sobre sus pasos.

—¿Puedo preguntaros, honorable capitán Tramp, si tenéis buenas noticias de mi amigo, el señor James Bratt?

—El señor James Bratt está en inmejorable posición por lo que a nuestra seguridad respecta. Id a vuestro bordo, señor Cockin.

Instantes después, las tres goletas zarpaban río abajo, quedando ancladas frente a Lagunillas, las naves de Ashes y Owel.



"Piernas Largas" y sus cuatro remeros, ocultos entre el boscaje de la ribera asistieron a la matanza que en la isleta del centro del río, los filibusteros de Tramp efectuaban entre los confiados hombres de James Bratt.

Las descargas, centuplicado su eco por la selva, llegaron a oídos de los tripulantes del "Aquilón", distante tres millas de la isleta y anclado en espera de que "Piernas Largas" diera la orden de seguir avanzando.

La perplejidad del andaluz no duró largo tiempo porque cuando los remeros le llevaron de nuevo al "Aquilón" halló en el castillete de proa al propio Pirata Negro, de vuelta de su excursión a Lagunillas.

—¿Qué fué el tiroteo que oí mientras hacia aquí cabalgaba, andaluz? Endiablada fusilería fué y mucha me pareció para suponerla caza que los filibusteros te daban. Además, estimé que si de espía te mando, es porque sabes serlo.

—Y razón tienes, como siempre, señor—replicó jaquetón el andaluz—. Esos tunantes lo serán con gente cándida de ciudades, pero para mí no lo son. Llévoles siguiendo como sombra al cuerpo y ni me han olido.

—No tendrán narices, porque apestar, apestas. Si por las alabanzas te pirras, no te las prodigues tú mismo; aguarda a que yo lo haga. Responde a mi pregunta.

—Cuando la goleta que yo seguía, ancló en la isleta mandé a nado a un compadre remero para que le dijera a "Cien Chirlos" que

anclase el “Aquilón”. Y después, señor, ordené a los otros que arrimaran la lancha a la ribera. Oculto entre el follaje, oí un disparo doble que de tienda salía. Poco después apareció un tipejo alto y elegante con collar de oro que le “dió a la muy” largando un discurso que oír no pude, a los alineados zopencos que en dos filas de a cuatro se miraban las jetas. Entre las dos masas estaba el tipejo del que hablo y que hablaba. Después partieron hacia las lanchas una mitad de los zopencos, y vi al tipejo del collar de oro hacer gestos a cada uno de los cuales, una hilera de los que con él se habían quedado, hacían una maniobra. Levantó el tipejo el brazo, lo descendió, y fué entonces cuando estalló la mosquetada y a machamartillo las pistolas. Los blancos eran los zopencos que con la espalda vuelta metíanse en las lanchas. Entraron, en acción los puñales y zarpó la “Resistance” mandada por el tipejo del collar de oro. En la isleta han quedado montones de carne fiambre filibustera, y la goleta vacía de tripulantes.

Por espacio de dos minutos el Pirata Negro apoyado el codo en la palma de su mano izquierda y con el pulgar y el índice diestros peinando su bigote, estuvo en silencio. Sus cejas se arquearon concediendo a su fisonomía una expresión mefistofélica y al final de su corta meditación, prorrumpió en sarcástica risotada.

—Agradecimiento le deberé al honorable Tramp. Le he resultado galgo, sólo que de distinta casta a la que pensaba, ya que en vez de pisarme el rabo, voy yo cortándole cachitos del suyo.

* * *

Las goletas de Ashes y Owel ancladas ante el desierto lugar donde antes habíanse erigido las tiendas de campaña españolas, hacían sus últimos preparativos para zarpar.

Pero no levaron anclas y de cubierta a cubierta, haciéndose portavoz con las manos, los señores Ashes y Owel intercambiaron alborozadas opiniones, tras que el vigía hubo anunciado la goleta del capitán Bratt a la vista, remolcando un velero pirata prisionero.

—¡James Bratt ha capturado el “Aquilón”!—gritó Ashes.

—¡Debía seguirnos y mucho se alegrará el capitán Tramp de esta presa!—replicó Owel.

Las dos tripulaciones apiñáronse respectivamente a babor y estribor de sus barcos para ver el triunfal avance de la goleta de James Bratt llevando a remolque el velero “Aquilón”.

En la cubierta del “Aquilón”, y atados contra las bordas, veíanse una tupida hilera de piratas con la cabeza caída sobre el pecho e inmóviles. Atado en el castillete de proa, con cabos que pasando bajo sus sobacos lo mantenían crucificado y suspendido en el aire, el Pirata Negro maldecía sonoramente con toda la expresión de la más viva de las cóleras.

Los filibusteros de las dos goletas espectadoras reían a carcajada limpia celebrando la derrota y captura del célebre pirata invencible.

La goleta de Tramp seguía avanzando en ruta gloriosa rumbo a abrirse paso entre las dos goletas de Ashes y Owel. El capitán James Bratt, con gallarda rigidez de jefe vencedor, manejaba personalmente el timón.

Alineados a ambas bordas, los restantes filibusteros erguían orgullosamente las cabezas, como correspondía a triunfantes vencedores. De las goletas de Ashes y Owel partieron guturales exclamaciones de encomio y elogio al “valiente capitán Bratt” que tan recientemente ingresado bajo el pabellón de Tramp había logrado tan resonante victoria sobre el enemigo odiado por los filibusteros.

Toda la atención jubilosa estaba concentrada en la humillante postura del Pirata Negro cuyo rostro diabólicamente contraído en mueca sardónica y feroz, excitaba la hilaridad de las tripulaciones de Ashes y Owel.

—¡Bravo regalo nos trae el señor Bratt! — gritó Owel—. ¡Los piratas muertos y su jefe agitándose como lagartija presa!

—¡Más se agitará cuando el capitán Tramp le haga ahorcar!

La goleta de Bratt entró en el espacio que dejaban entre sí las dos naves ancladas de Owel y Ashes. Una maldición más sonora del Pirata Negro pareció desencadenar una repentina tempestad... De babor y estribor de la goleta de Bratt brotaron llamaradas cegadoras y la doble andanada de todas las piezas de grueso calibre, cuyos artilleros habían hasta entonces estado escondidos bajo lonas tendidas como era normal sobre las culatas y los soportes, despertó un estruendoso quejido de maderas crujientes y destrozadas...

La nueva trampa del Pirata Negro surtió su efecto. Un efecto rápido y demoledor; la metralla barrió a las aglomeradas tripulaciones de las dos goletas... Otra segunda andanada acabó de desmantelar las inclinadas goletas...

El Pirata Negro al retumbar la primera salva de cañones, desprendióse de sus ligaduras y sus risotadas acompañaron en ecos burlones los estampidos de las explosivas ondas...

James Bratt calado el chambergo sobre las cejas para que no se vieran sus párpados caídos, sosteníase en pie gracias a los finos bramantes que cerraban sus manos sobre la rueda-timón y su alto coleto ocultaba la vara de hierro que empotrada en su faja y por debajo de la casaca apoyándose en su barbilla le mantenía la cabeza alta.

Los piratas no tuvieron que acudir al abordaje. Los cañonazos disparados tan imprevistamente y a tan escasa distancia, fueron mortífera escoba que acumuló despojos sangrientos en las dos goletas que iban hundiéndose lentamente con toda su carga macabra...

Mientras los falsos filibusteros gateando por el cable de remolque volvían de nuevo a la cubierta del "Aquilón" y procedían a devolver sus vestiduras a los amarrados piratas falsos, Carlos Lezama zambullóse en el río y nadando subió al casco semi—hundido de la goleta de Ashes.

Viéronle sus hombres encaramarse al mástil de donde arrancó el pabellón filibustero que enrolló alrededor de su cintura. Lanzóse de nuevo al agua, e instantes después añadía al trapo negro que envolvía su tórax desnudo el pabellón filibustero de Owel.

"Cien Chirlos" fué el último en abandonar la goleta de James Bratt. Antes de gatear por el cable de remolque, aplicó una antorcha en la estopa azufrada que acumuló alrededor de las bordas de la goleta.

Cuando el "Aquilón", precedido por la lancha-espía de "Piernas Largas", alejábase a toda vela de los parajes de Lagunilla, en el ancho cauce ocupado poco antes por las tres goletas, veíase sólo entre dos grandes círculos de anillos concéntricos que señalaban el hundimiento de las naves de Ashes y Owel con toda su tripulación, la gigantesca antorcha que aureolaba la embarcación donde atado al timón y erguida la cabeza muerta, James Bratt ofrecía una impresionante estampa, reluciendo con rojizos resplandores lúgubres la calavera y los fémures de plata que ornaban la vuelta de su chambergo.

CAPÍTULO VIII

Reunión en Bucaramcmga

Bucaramanga había sido elegido como lugar de reunión preparatoria del ataque final por Chester Tramp, porque presentaba varias ventajas.

Antiguo poblado indígena abandonado por los españoles tras una epidemia de cólera que allí se declaró, las casas de adobe y barro seguían escalonándose en las dos vertientes del estrecho desfiladero por el que corría el corto y ancho ramal del Orinoco que recibía el nombre de Bucaramanga, que sirvió para nombrar así al poblado.

El desfiladero no permitía ver ni ser visto desde Arauca distante sólo doce leguas al suroeste, y aquel "fiordo" ecuatorial sito en la región fronteriza venezolana y colombiana, llevaba largos años deshabitado. Tampoco sus plácidas aguas hondamente verdes y límpidas habían sido surcadas desde el año 1687 por naves, a raíz de la epidemia y de la instalación por los españoles de los destacamentos protectores de Cairen, Lagunillas y La Salina.

En espera de que se les reunieran las naves de Ashes y Owel, los capitanes Dennis y Cockin acompañaron a uno de los vacíos caserones indios de la ribera del desfiladero, al capitán Chester Tramp.

El pabellón de Tramp quedó tendido sobre la puerta de la casa elegida por el londinense como puesto de mando. Los dos filibusteros que le servían de ordenanzas, portaron la mesa plegable y la hamaca del ascético jefe.

Chester Tramp extendió encima de la mesa la gran carta geográfica de la región del Bucaramanga copiada de la científica documentación robada en el convento de Saint-Kitts. A cada lado

suyo en pie, Dennis y Cockin siguieron las explicaciones que Chester Tramp iba dando viajando con el índice por el mapa.

—Esta doble raya de color pardo que contiene un trazo azul es el Bucaramanga, el lugar donde nos hallamos. El recodo del Bucaramanga en su extremo suroeste ábrese sobre el valle de Arauca, que mi mapa indica con ese triángulo verde. Ese punto rojo son las famosas minas reales de esmeraldas. Mañana, a las cuatro de la tarde, dividiréis a vuestros hombres en dos grupos, señor Dennis. Por tierra y siguiendo esa ruta para la que tendréis copia exacta, atacaréis a las siete, al iniciarse el crepúsculo, la guarnición que defiende la mina. Os ayudará en el éxito de vuestro cometido, el ataque que también por tierra y al lado este desencadenará en dos grupos el señor Cockin y mis hombres sobre la ciudad. Yo personalmente atacaré en tres grupos que hostigarán los lados norte, sur y oeste de Arauca. Las gigantes palmeras y toda la exuberante flora que en área forestal rodea la ciudad, nos facilitará el encubierto avance.

Y sin ser ésta su intención, el capitán Tramp al seguir hablando resultó un humorista.

—Los ataques por sorpresa ofrecen siempre un máximo de probabilidades de éxito. Sin contar que nuestra superioridad dará pronto cuenta de los ochocientos españoles que suma el total de la guarnición de Arauca, debemos también estipular en la confianza que nos confiera no solamente el acceso por el Maracaibo que guardan los señores Sympson y Antis, sino también las fuerzas de refresco que los señores Ashes y Owel nos proporcionarán al entrar en liza en la segunda oleada de ataque, que lanzaremos a la medianoche. No gusto de jactancias, pero estimo, señores “lords”, que puedo vanagloriarme de haber conducido esta temeraria expedición que ninguna fuerza osó hasta hoy, con el máximo de probabilidades a mi favor.

Se discutieron a fondo todas las fases del ataque combinado, y Dennis despidióse. Robert Cockin vaciló unos instantes pero al fin decidió quedarse.

—¿Puedo, honorable capitán Tramp, preguntaros algo que me atosiga?

—Decidme, señor Cockin. Mi obligación de jefe es aclararos todas vuestras dudas.

—No habéis citado para nada a mi amigo James Bratt. ¿Lo reserváis como extrema retaguardia de vuestro sabio plan de ataque?

—Puedo afirmaros que vuestro amigo está ocupando la más extrema de las retaguardias. Me consta que os alegrará saber que no corre ningún riesgo, porque me precio de conocer las leales amistades y creo que apreciáis sinceramente al señor James Bratt.

—¡Condenada sea mi alma si no es cierto! Excusadme, excusadme, honorable señor. Vicio feo, duro es de abandonar, aunque confío en que pronto perderé esa costumbre de escupir ternos y votos.

—Os lo agradeceré, señor Cockin. Imitad en esto a vuestro amigo—y el londinense sonrió, cosa rara en su severa impasibilidad —. Os garantizo que está definitivamente enmendado y ya no maldice ni pronuncia feas palabras.

—¡Me alegra la noticia! Me esforzaré en imitarle. ¿Mandáis algo, honorable?

—Podéis retiraros, señor Cockin. Hasta mañana.

Al salir del caserón el capitán Cockin, los dos ordenanzas de Chester Tramp tendiéronse a lo largo de los escalones del umbral, para a la vez que dormitar estar dispuestos a cualquier petición que del interior proviniera.

Chester Tramp abrió su diario y a la luz de la única vela escribió las últimas novedades.

“...la curiosidad del señor Robert Cockin no podía ser ya esquivada. La he satisfecho. Sabrá la verdad tan sólo cuando nos retiremos después de incendiar Arauca. Le necesito a él y a sus hombres y quizás no habría rendido su total esfuerzo si supiera el desgraciado, pero obligado, fin del señor James Bratt. Me consuela pensar que consolará la pena del señor Cockin al saber la muerte del señor Bratt, la idea de que son ciento cincuenta y dos hombres (incluyendo al señor Irish), de menos los que intervendrán en el reparto de las esmeraldas y el botín con lo que a más tocaremos. No me desagrada pensar que el señor Cockin se evite quizás la pena de llorar a su amigo el señor Bratt, ya que el lado Este de Arauca, que es donde atacará está defendido por el mayor núcleo de españoles ya que allí se erige el convento pagador. Previniendo que tocaremos a doscientos y uno menos, incluyendo al señor Cockin, en el

reparto, es por lo que los señores Ashes y Owel cubrirán el vacío que en el Este presiento que se formará. Pero confío, también, que el sacrificio del señor Cockin y sus hombres no será baldío, ya que amenguará la defensa Este. No hay más novedad.”

Cerró Chester Tramp el libro que colocó en la almohada cabecera de la hamaca. Tendióse en ella vestido... Suspiró complacido, y cerró los ojos.

Dormía de forma especial. Tendido boca arriba, su diestra empuñaba fuertemente el pomo de la “daga de gracia”, que quedaba cubierta por el faldón de su casaca...

Eran las cuatro de la madrugada cuando una suave brisa hizo oscilar el ramaje de los árboles frente al caserón en cuyo umbral ondeaba el pabellón filibustero de Chester Tramp. Las sombras oscilantes vagaron rumorosas por el blanco paredón de la fachada y los dos adormilados filibusteros ordenanzas que roncaban entrecortadamente acurrucados sobre los escalones de entrada.

Una sombra entre las sombras pareció ser insensible al movimiento oscilante del viento, confundiéndose contra el blanco adobe al mezclarse con el vaivén del colgante pabellón que representaba la figura del capitán Tramp espada en mano y pisando dos calaveras.

Cuando en la penumbra se inmovilizó la sombra, otra más voluminosa avanzó silenciosamente sobre los pies desnudos y negros... Tichli, el piloto sordomudo empleó el bestial procedimiento antillano de enmudecer para siempre a dos enemigos a la vez.

Los dos puñales que mantenía, uno en cada mano, abatiéronse con velocidad de relámpago... El destello metálico hundióse en las bocas abiertas de los dos filibusteros, cuyas cabezas quedaron clavadas contra los maderos de los escalones...

La sombra hasta entonces inmóvil púsose en marcha felinamente...

La entrada y la salida del estrecho desfiladero estaba cuidadosamente vigilada. En las tres goletas ancladas,!os hombres de turno montaban centinela...

Chester Tramp dormía boca arriba, apaciblemente, y la luz de la única vela lagrimeando sobre la mesa contorneaba su vistosa y elegante figura. Abrió los ojos al sentir en su pecho un roce agudo...

—¡“By Jove”!—fueron sus dos primeras palabras.

La típica exclamación inglesa de sorpresa, demostró que el poco amante de las imprecaciones, había perdido levemente el control. Pero lo recuperó inmediatamente, y fué con impasible mirada que examinó el puñal que el Pirata Negro apoyaba en su pecho.

—Buenas noches, honorable Tramp—saludó sonriente Carlos Lezama—. Eran muchos mis deseos de veros de cerca.

—Quizás no tantos como los míos. Permitidme que os escuche en pie, señor Pirata Negro.

Al ponerse en pie ágilmente, quedó visible en la mano derecha de Chester Tramp el “puñal de gracia” de rica empuñadura de oro y esmeraldas. El inglés sobre cuyo pecho se apoyaba la punta del puñal esgrimido por el Pirata Negro, alzó el suyo lentamente y colocó también su aguda punta en el corazón de Carlos Lezama.

—Siento defraudaros, señor Pirata Negro. Si pensasteis matarme a sangre fría, es preciso que os advierta que mi muerte será también la vuestra.

—Las olas del Caribe murmuran que el honorable capitán Chester Tramp es valeroso aunque sea sanguinario hasta el salvajismo. ¿Cuál es el epitafio que sobre vuestra tumba más os gustaría?

—Me daré por contento si el transeúnte puede leer: “Aquí yace un valeroso inglés que a nada temió y que la virtud respetó”.

—Mi dominio de la lengua británica es el suficiente para que sepa grabar a punta de espada esta leyenda sobre la madera que pienso colocar encima de un hoyo de tierra removida. Nunca hubiese tenido tal deseo a no ser por imprudentes palabras que pronunciasteis respeto a mi persona,

Chester Tramp sonrió levemente... La llama de la vela arrancaba destellos plateados de la cruz que formaban en “X” los dos puñales mantenidos firmemente contra los mutuos corazones de los dos jefes.

—Tengo una memoria fiel, señor Pirata Negro, aun si no fuera así, recordaría lo que de vos dije al capitán Cockin en Saint-Kitt, ya que vuestra presente actitud corrobora mi manera de pensar. Es innegable que sois de una insolencia suprema. Cuando yo hablo, hablo una vez por todas. Y por eso repito: sois un insolente temerario. ¿No es la mayor de las insolencias atreveros a aparecer

en este lugar donde todos mis hombres os darían caza a una sola voz mía?

—Sería vuestra última voz, honorable trapisondista. Bien, así como reconozco que valor se necesita para ponerse en pie con un puñal que os despertó cosquilleando vuestro pecho, también reconozco que es temeraria insolencia haber atravesado vuestras líneas de vigilancia, para simplemente veniros a visitar. ¿Qué más dijisteis de mí?

—Os conceptúo un bribón, español.

—Esto no lo considero ofensa, puesto que vos sois un bribonazo con modales de fraile inglés. Y aunque presumáis de virtudes, estas serán mucho más apreciables cuando muerto estéis. Os considero el pillo de peor calaña que el Caribe soporta. Ese sois vos, mi Muy Honorable Capitán Chester Tramp. Os lo he repetido, por si las olas del Caribe no os llevaron el mensaje.

—¿Vinisteis a mi puesto de mando tan sólo para hacerme saber vuestra opinión sobre mi carácter? Creed que me honro en haber merecido tal atención, pero me tiene sin cuidado lo que de mí penséis. En cambio, parece que concedéis importancia a mi opinión. ¿Os dais cuenta que no sólo mi puñal es tan recio como el vuestro, sino que además os habéis jugado la vida tontamente? Si empujáis el acero, también lo haré yo. No me gusta ser jactancioso, pero os afirmo que no saldréis muy bien parado de esta aventura.

—Morir matandoos me resulta una grata compensación. Tiempo ha que a mi vida no le concedo el menor valor. Pero disponemos del bastante espacio de minutos para conocernos mejor que por oídas. Satisfaced mi curiosidad: ¿qué más dijisteis de mí al capitán Cockin?

—Sois un faldero enamoriscador.

—¿Qué entendéis por esto?

—Hombre que se complace en suscitar sonrisas femeninas de amor, sin su amor dar. Las olas del Caribe han hablado de la “Bella Corsaria”, de Blanca, la hija del virrey de Panamá, de la cuñada del gobernador de Jamaica, que es donde supongo aprendisteis vuestro inglés, de Tula, la cubana de la Fraternidad y de muchas otras infelices y sensibles románticas. Desprecio al hombre que los sentimientos de la mujer no sabe respetar…

—Quizás esa equivocada teoría que sobre mí tenéis es la que me

molestaría, si yo no supiera bien quién soy. Y también quizás, honorable Tramp, reconociendo que sois un pillastre hipócrita, sin embargo aprecio en todo su valor el respeto sincero que vos tenéis por todas las mujeres. Pero hasta ahora no habéis citado lo que constituyó para mí la peor de las afrentas. ¿No dijisteis nada más?

—Cuando hablo, lo hago una vez por todas. No obstante como vos no estabais presente en mi charla con el capitán Cockin os diré que en mi goleta tengo una horca preparada en la cual con gran placer os hubiera visto danzar el último baile. Pero desconfiaba de tener tal honor, ya que piratas y corsarios me han huido siempre.

—Las olas del Caribe os habrán dicho que soy charlatán, fanfarrón y que yo mismo me llamo el Rey del Mar. Lo soy, querido honorable. La prueba es que he tenido que atravesar muchas leguas de tierra para dar con vos. Palabra os doy que a veces creí que me huíais.

—Si con puñal me saludasteis, con puñal os correspondo. ¿Es esto huir?

—Menos lo es el que yo os haya concedido el privilegio de oír mi propia voz y en vuestro propio domicilio provisional. Pero tengo entendido que no os gusta emplear léxico malsonante. Veamos si no es verdad. ¿Queréis dignaros mirar encima de vuestra mesa?

Chester Tramp no desvió la vista que durante toda la conversación mantenía clavada en los ojos burlones del Pirata Negro. Volvió a sonreír.

—Si sois abundante en tretas, tengo yo varios años más de experiencia que vos, mi joven amigo. Matarnos ahora lo estimo superfluo; tiempo habrá y el mar es nuestro. Yo tengo que cumplir un propósito que largo tiempo llevo meditando y vos seguramente tendréis lánguidas bellezas venezolanas que os aguardarán. Os prometo vida salva, y os doy mi palabra de honorable ex marino británico, que podréis abandonar mi campamento sin que yo dé la voz de alarma.

—Me enternece vuestra bondad, honorable. No quería que mirárais hacia la mesa para distraer vuestra tensa atención. Tened en cuenta que mi temple no es de hombre que mata a enemigo de categoría sin refocilarse en que el futuro cadáver se dé cuenta de lo que le va a ocurrir. Quería oíros pronunciar palabras malsonantes.

—Cesemos esta inútil y absurda situación, mi joven amigo.

Quedo ya convencido que sois un temerario insolente. ¿No os basta? Podemos ambos retroceder un paso, enfundar los puñales, cruzar las manos a nuestras espaldas, y si tantas ansias tenéis de oírme, podremos seguir charlando con más comodidad. Excusad esa manía inglesa de buscar siempre la posición más confortable. Me cansa ya mantener mi puñal enhiesto y podríamos dejar para otra ocasión el matarnos.

—De acuerdo. Milímetro por milímetro seguiré vuestros ademanes.

Chester Tramp dió un paso atrás; sus ojos no perdían contacto con los negras pupilas de su enemigo. Enfundaron ambos el puñal y simultáneamente cruzaron sus manos atrás.

—Me intriga saber a qué habéis venido aquí, mi joven amigo. ¿Os interesa conquistar el corazón de alguna araucana?

—Estoy reposando, mi querido honorable. Vine tan sólo a deciros que los señores Antis, Sympson, Ashes y Owel están incapacitados para reunirse con vos. Han decidido cesar en su cometido de lugartenientes vuestros.

Chester Tramp pestañeó y sus labios se crisparon en línea dura. Miró por una fracción de segundo los dos lienzos negros y los dos retazos de tela de casaca que reposaban sobre la mesa, bajo la vela.

Una densa palidez invadió su rostro, y al descender la frente semejó el toro que se prepara a embestir. Habló ceñudamente.

—¿Queréis aclarar vuestras palabras? No las comprendo.

—Gustoso. Siempre ha sido mi predilecto placer ver encolerizarse a los que me han ofendido. Escuchadme atentamente, honorable varón virtuoso. Si hubierais sido un hombre honrado y me hubierais despreciado lo hubiera admitido, siempre y cuando hubierais expresado vuestro desprecio lejos de mi presencia. Pero si ser pirata elegí, y vos sois abyecto filibustero hipócrita, apreciad ahora lo que cuesta el menospreciarme. Ocho naves teníais al entrar en el Maracaibo. Ocho palabras injuriosas por proceder de vos me dedicasteis. Voy borrando palabra por palabra, dando a cada injuria el valor de una goleta y doscientos filibusteros y os hago precio de amigo. Tensad cuanto queráis los músculos e hinchad vuestras venas hasta que estallen. Ese es el placer que me prometía anticipadamente... pero recordad que la posición que habéis elegido no es la más apropiada para intentar ataque sin perecer en la

demanda. Advertido quedáis.

Los dos hombres frente a frente, distanciados por dos pasos, se contemplaron manos atrás, con distinta expresión. Burla había en los rasgos faciales del Pirata Negro distendidos por exasperante sonrisa; recio esfuerzo de dominar su ira era el sentimiento que leíase en el semblante de Chester Tramp.

—“Bribón” es la primera ofensa por de vos provenir, ya que el mayor de los bribones sois. Queda borrada esta palabra, con el estallido y hundimiento de la goleta “Pretty”, de Sympson. Murieron todos y por tumba tienen las profundas aguas del Maracaibo. A Sympson lo maté yo mismo. Le hice este honor con mi espada. Ahí tenéis sus insignias. No mienten más que en el color; la calavera y los huesos que en el trapo que corté en su casaca y que de plata son, ahora deben ser blancas como la nieve en el interior del refectorio del convento donde ordenasteis matanza de franciscanos. La barra de oro es barra de sangre que yo dibujé en la carne infecta de uno de vuestros lacayos. ¿Prosigo?

—Os lo ruego — dijo brevemente Tramp, y aunque en su frente brillaban las gotas de un frío sudor, demostró el gran dominio que sobre sus pasiones tenía—. Proseguid. También espero en otra ocasión poder relataros sucesos que os alegrarán tanto como me alegran los que relatáis.

—Lo celebro. “Insolente” fué vuestra segunda palabra. Calificativo que me jacto de merecer. Pero no sois vos quien para calificar a nadie y menos a mí. Queda borrado con la goleta de Antis, que voló también por los aires, con todo su contenido en hombres. A Antis le maté de un pistoletazo. El tiempo apremiaba y eran varios los que solicitaban mi atención. Ahí tenéis, también, como recuerdo y garantía de mis afirmaciones, sus insignias.

El Pirata Negro hizo una leve reverencia.

—Gracias os debo, honorable—continuó diciendo—. Considero zanjada la palabra “faldero” con el servicio que me prestasteis al liquidar a James Bratt y sus hombres. Vestían magníficas ropas que les sentaban espléndidamente a mis piratas cuando montaron en cubierta de la goleta. Bratt, en el timón, con un bramante en los puños, y bajo sus pies mi piloto conduciendo, crearon una deliciosa estampa triunfal que fué acogida con entusiasmo por las tripulaciones de los señores Owel y Ashes. Dedicaron grandes

alabanzas a mis dotes de comediante, y yo mismo llegué a participar de su entusiasmo por lo cual largué la maldición que sirvió de contraseña para hundir a cañonazos las dos goletas que tan alegremente nos recibían. Quedan borradas la palabra "enamoriscador" y el menosprecio con el que pronunciasteis la palabra "español". Ahí tenéis el equivalente en los pabellones respectivos de los señores Ashes y Owel.

Chester Tramp perdió la impasibilidad.

—¡Voto al infierno que me acoja, si yo no...!—empezó a exclamar el inglés con ronca irritación, pero dominándose cerró los párpados.

—¡Tttt, tttt! — chasqueó irónicamente la lengua contra el paladar el Pirata Negro—. Me sorprende y choca vuestra imprecación, honorable.

—Un día lamentaréis haberme hecho perder el control de mis nervios, Pirata Negro—dijo lentamente Chester Tramp—. Mataros ahora sería escaso castigo. He de oíros gritar, he de oíros llorar pidiéndome clemencia, he de...

—Habéis de callaros, honorable zorro, porque sólo os quedan tres goletas, ¿y cómo iba a cobrarme más ofensas? Me debéis tres palabras: "horca" y "galgo huidizo", que es lo que vinisteis a decir al afirmar que sentíais que yo no me pusiera a vuestro alcance. Vamos, míster Tramp, llamad a vuestros hombres. ¿No estoy a vuestro alcance? Gritad como solterona británica...

—¡Bravucón jactancioso! — murmuró Tramp lívido—. Nadie me ha insultado como tú, ni nadie ha logrado exasperarme como tú lo has hecho.

—Música celestial son para mis oídos tus palabras, filibustero. Continúa, que me deleitas.

—Nos volveremos a ver en otras condiciones. ¡Por mi alma juro que sabrás quién soy!

—Lo sé ya. Lo que no sabía es que alardearas de cosas inexistentes. ¿Dónde está tu alma? Si la tienes, cierto estoy que luce el mismo color del semblante que te mira desde detrás del martillo de una pistola que apunta tu frente.

La cabeza del Pirata Negro señaló hacia atrás, y Chester Tramp pudo ver en el umbral del caserón, tendido en el suelo, la hercúlea figura de un negro, una sombra más en las sombras de la noche.

—Con un zorro traidor como tú, honorable, todas precauciones son pocas. Quiero salir de Bucaramanga con la misma seguridad que entré. Ese copo de nieve que con pistola te observa cubrirá mi retirada. Sería muerte indigna de ti perecer bajo el balazo de un pobre negro fiel. Procura también no morir bajo los muros de Arauca.

—¿Qué... qué sabes tú de Arauca?

—¿No dijiste que había en ella lánguidas damas a conquistar? Veré si es cierto. Pero yo en tu lugar, honorable, remontaría el río alejándome de la ciudad de las esmeraldas. Hay en ella ochocientos españoles, y vosotros sumáis tan sólo un millar, aunque tu artillería es quíntuple a la de Arauca. Un verde valle que en su seno oculta verdes piedras, podrá ser tu tumba. Por valiente y casto varón, te prometo que no me olvidaré de tu epitafio.

El Pirata Negro empezó a andar hacia atrás...

—Tu entrecejo fruncido denota meditación. Medita, Chester Tramp. Y que quede incrustado en tu cerebro que reconozco valioso el gran precio que tiene insultar a quien como yo, por poseer sangre española y valer mucho más que cuanto supusiste, te ha hecho el honor de visitarte en Bucaramanga.

Hacía ya más de cinco minutos que en el caserón sólo quedaba en pie y manos cruzadas a la espalda un meditativo Chester Tramp. Con la frente baja, el Muy Honorable londinense estaba alterando ligeramente su plan de ataque a Arauca.

No se dignó mirar si en el umbral seguía la vigilante figura del negro Tichli. Volviendo la espalda a la puerta sentóse frente al mapa. Apartó los pabellones y las insignias, despabiló la vela, y su índice recto y firme fué recorriendo los trozos que en distintos colores señalaban la comarca del valle de Arauca.

CAPITULO IX

La tenaza filibustera

Apenas hubo atendido al alojamiento de los infantes mandados por el capitán Maiquez, el comandante militar de la ciudad de Arauca ordenó evacuar a toda la población civil que escoltada dirigióse hacia el interior de Colombia, en busca de la inderrocable fortaleza de Santa Fe de Bogotá.

Los franciscanos del convento pagador negáronse a abandonar sus celdas, aunque ellos misinos ayudaron a cargar a lomos de la caravana de mulos todos los cofres y sacos que contenían el total de las pagas reales, ahorros de las fuerzas armadas, y las esmeraldas extraídas de la mina del Socorro.

Quedaron sólo en la ciudad los soldados, divididos en dos grupos. El primer anillo defensivo lo formaban los trescientos infantes mandados por el capitán Maiquez. El segundo cinturón atrincherado lo constituían las fuerzas de guarnición en Arauca al mando del comandante Castro.

El puesto de observación de Rafael Maiquez, dominaba todo el valle del Arauca dando frente al desfiladero de Bucaramanga. Miguel de Almedinilla, sentado junto al aragonés, recreábase la vista en el exuberante tapiz aterciopelado, que el valle de Arauca ofrecía desde la altura en que se hallaban.

—Lástima es, capitán Maiquez, que los filibusteros sean insensibles a esos dones de la Naturaleza que invitan a soñar. ¿Quién piensa en luchas y en tesoros ante esa gran verdad de la Naturaleza?

—Confesad vos mismo que si sensible sois a la belleza de un paisaje, también os atrae observar las rarezas humanas. Apreciáis mucho al señor Lezama porque pudiendo ser caballero de corte

eligió ser un excéntrico pirata generoso. Me gustaría conocer los motivos que le impulsaron a ser famoso bajo el apelativo del Pirata Negro. Si algún día lo averiguáis, y dais a publicación las memorias que proyectáis sobre la fascinante personalidad de los aventureros de las Américas, enviadme un facsímil del manuscrito.



...aunque ellos mismos ayudaban a cargar...

—Mientras aguardamos la llegada del señor Carlos Lezama, para entretener la espera, ¿no tenéis algún episodio raro que me sirva para documentar mis Memorias? Algo extraño que tuviera por

protagonista a un pirata excéntrico?

—¿Habéis oído hablar de los bretones? Son franceses que, aun los más crueles, poseen una curiosa vena religiosa que existe místicamente en los más indómitos de los forajidos bretones. Hubo un capitán bretón llamado Corentin que mandaba en bergantín bucanero. La historia que os voy a relatar es verídica porque de labios del cura francés que fué actor de ella la he sabido. El capitán Corentin, falto de provisiones, ancló una noche del 1877 en la costa de Saintes, isleta al sur de la Española. Desembarcó una partida, y sin hallar resistencia se apoderaron de la casa parroquial. Mientras hacían una requisa de vino, manjares y gallinas, se llevaron al cura a bordo. Se le ocurrió al capitán Corentin que sería buena cosa para beneficio espiritual de la tripulación matar el tiempo de la espera haciendo celebrar misa en el buque. El pobre cura francés no se atrevió a negarse, ya que conocía la sincera devoción bretona... y también su salvajismo. Trajo los vasos sagrados e improvisó un altar bajo el toldo de popa. La misa empezó con una salva de artillería disparada en honor de Santa Ana. El oficio divino terminó con una oración fervorosa de todos los bucaneros bretones.

—Original anécdota, pero insuficiente para mis Memorias.

—Ved lo que pasó durante la celebración del divino oficio. Uno de los bucaneros perturbó la ceremonia. Era picardo, y al alzar adoptó una postura indecorosa. Corentin le reprendió y el picardo contestó con terribles blasfemias. Rápido como el rayo, el capitán Corentin empuñó la pistola y le atravesó el cráneo, jurando que haría lo mismo con cualquier otro que faltase al respeto debido al Santo Sacrificio. El disparo fué hecho muy cerca del oficiante, quien, no sin razón, se alarmó mucho; pero el capitán Corentin, con la pistola aún humeante en la mano, se dirigió a él, diciéndole: “No os preocupéis, padre mío; ése era un tunante y le he castigado para que aprenda a ser comedido”. Como me dijo el buen cura francés, no había duda de que el método del capitán Corentin era muy eficaz para prevenir al picardo de repetir su falta. Cuando la misa terminó, tiraron el muerto al agua y el sacerdote fué recompensado con valiosos regalos y acompañado respetuoso hasta su parroquia. Os he contado esto porque la genialidad del capitán Corentin me parece acto muy propio de nuestro genial pirata español el caballero Carlos Lezama.

Continuaron conversando hasta que Miguel de Almedinilla se puso en pie, señalando una hondonada por la que avanzaba hacia el puesto de mando del capitán Máiquez la silueta inconfundible de Carlos Lezama, seguido a dos pasos de distancia por un coloso negro.

Rafael Máiquez ondeó una mano, gritando estentóreamente:

—¡Oheeé, capitán Lezama! ¡Oheeé!

El eco del aviso fué reproducido por el Pirata Negro, que distaba aún doscientos pasos de donde le aguardaban en pie los dos españoles.

—Apuntad ese grito, amigo Almedinilla—dijo con sorna el aragonés—. Es la exclamación con que los piratas amigos se saludan al cruzarse sus barcos. Vos que psicólogo sois, ¿creéis que es tan sólo genialidad de luchador picado en su amor propio la que ha hecho que el Pirata Negro intervenga en nuestro favor?

—Cuando como franciscano me salvó en la isleta del Náufrago, adiviné que era orgullosamente romántico, pero también a sus desaires vi que es de la estirpe de los hombres duros que no quieren reconocer sus propios impulsos generosos. Y por pirata no puede confesar que le ha repugnado en su virilidad de águila noble la matanza de Saint-Kitts y la de Cairen. En la isleta del Náufrago me dijo con soberbia convicción que se interpone donde le place porque tal es su realísima voluntad de emperador de los mares.

Y, en efecto, cuando con cazurrería aragonesa el capitán Máiquez insinuó que como español y súbdito del Rey de las Españas agradecía al “capitán Lezama” su “intervención generosa en pro de los intereses del Rey”, el Pirata Negro replicó, sonriendo burlonamente:

—Os equivocáis, capitán Máiquez. Si aquí aguardo como espectador del muy próximo ataque filibustero, no es por el rey español, que me importa un comino, ni es por generosidad. Es porque... soy amante de meterme donde mi real gana quiere, que en mí ni sentimentalismos ni obligaciones humanas hay. Piso donde quiero, lucho donde gusto y mato cuando me buscan. ¿Hay hombre en el mundo que pueda alardear de tanta libertad?.. No sonrías, vizconde, que tus barbas de franciscano no son bastantes para esconder la boca que adivino sería capaz de decir que fué por afán justiciero que salí a la zaga de Chester Tramp. En toda esta lucha no

ha habido más que un afán gramatical de substituir por goletas hundidas, palabras necias, no por falsas, sino por imprudentes. Y ahora, amigo, procurad demostrar que en España nacisteis, porque si Tramp ataca, no lo hará con zarpazos de león, sino con dentelladas traidoras de zorro astuto. Que si como individuo es valiente, como jefe es más traidor que la víbora bajo la hierba. Y mucha hierba, demasiada hierba hay en este valle...

* * *

No había aún amanecido en el estrecho desfiladero de Bucaramanga. Insinuábase un albor lejano en las cumbres andinas, cuando Chester Tramp llegóse a su lancha capitana y subió a bordo del "Resistance".

Zarpó alejándose del extremo sur que llevaba al valle de Arauca, y mientras su estela se perdía río arriba, los artilleros de Dennis y Cockin, cumpliendo las órdenes recibidas, transportaban a tierra todas las culebrinas de las dos goletas.

Al quedar sin artillería, y tripuladas solamente por veinte filibusteros cada una de las goletas, zarparon remontando la corriente tras el surco abierto en las verdes aguas por el velero almirante.

Las tres goletas volvieron a anclar, dejando tras sí la boca norte del desfiladero. Los capitanes Dennis y Cockin subieron a bordo del "Resistance", donde bajo un toldo aguardaba Tramp.

Amanecía, y los dos lores atribuyeron a los reflejos grisáceos de la aurora la lividez que ostentaba el semblante severo de Chester Tramp.

—Los planes que concienzudamente elaboro, señores Dennis y Cockin, deben sufrir ciertas alteraciones a tenor de las circunstancias que imperen. No podemos contar con el refuerzo de los señores Ashes, Owel y Bratt, a los que he conservado en retaguardia escalonada, porque ronda estos parajes el Pirata Negro y su velero. Es de todos conocida la proverbial sinuosidad con la que opera ese pirata español. Por tanto, he decidido alterar y anticipar el ataque.

Señaló Tramp el plano extendido ante él.

—He llegado a la conclusión de que si en los destacamentos de Lagunillas y La Salina no encontramos fuerzas, se debió a que se retiraron para reforzar la guarnición de Arauca. No podíamos

permanecer en el desfiladero de Bucaramanga porque desde las alturas de los acantilados podían habernos hecho objeto de una acción bélica contra la que hubiéramos luchado en desfavorables circunstancias. Mi velero, con cien tripulantes estratégicamente repartidos, asegurará la vigilancia de nuestras tres naves. Y vuestras misiones, señores Cockin y Dennis, quedan modificadas.

Entregó Tramp un plano tosco pero perfectamente claro al capitán Robert Cockin.

—Aquí tenéis, señor Cockin, señalado vuestro camino y fijado el tiempo del avance y desarrollo de la parte que os corresponde en el ataque. Os llevaréis a los veinte tripulantes que os han acompañado hasta aquí, que ya mis hombres velarán por vuestra goleta. Dividiréis en dos secciones al conjunto de vuestros filibusteros. Cien a vuestro mando, emplazarán sus piezas en el punto señalado en el plano. Los otros cien, al mando de vuestro segundo, harán lo mismo, siguiendo el camino e instrucciones que figuran en este otro plano anexo. Abriréis simultáneo fuego sobre las vertientes sur y este de Arauca a las doce en punto del mediodía. Protegerá el avance y emplazamiento la profusión de vegetación que forma tupido túnel verdoso. De doce a una dispararéis por tiro alterno pieza tras pieza en fuego de contención, formando las dos partes del arco izquierdo de la tenaza. A la una, os destacaréis con cien hombres abiertos en abanico para lanzar un ataque de hostigamiento y atracción. El restante centenar, al mando de vuestro segundo, seguirá el tiro alterno de las baterías. A las dos, efectuaréis un ataque conjunto, tomando siempre por meta los extremos sur y este de Arauca. Queda indicada vuestra misión, señor Cockin. Podéis partir.

Robert Cockin, impresionado por el estilo de concisión empleado por Chester Tramp, saludó a usanza marina y marchóse.

—A vos, señor Dennis, os reservo labor de más empuje, ya que disponéis de trescientos cincuenta hombres selectos y experimentados. Ved vuestro plano. Cerráis la tenaza alrededor de Arauca ocupando las lomas norte, oeste y conteniendo en doble anillo la posible salida de fuerzas españolas hacia el extremo noroeste, donde se hallan las minas del Socorro. Efectuaréis exactamente las mismas operaciones que el señor Cockin, a las mismas horas y en el mismo orden de ejecución. El refuerzo

noroeste de la tenaza débese a que tenemos que asegurarnos de que podré cumplir mi misión. Cien hombres a mi mando tomarán por asalto la real mina del Socorro, en la que hállase una guarnición de medio centenar de españoles. Atacaré a la una en punto; llevaré a mi bordo el botín conseguido, y a las dos estaré apoyando al señor Cockin en el ataque conjunto. Queda indicada vuestra misión, señor Dennis. Podéis partir.

La meditación de Chester Tramp después de la partida del Pirata Negro había sido prolongada y provechosa. Con las pérdidas de las tripulaciones de Ashes y Owel, que sumaban quinientos hombres, las fuerzas quedaban reducidas a ochocientos filibusteros. Chester Tramp tenía la suficiente capacidad como jefe para comprender que sería infructuoso pretender conquistar la ciudad de Arauca, bien amurallada y defendida por excelentes guerreros.

Comprendió también que la peligrosa incursión tierra adentro no daría compensación si se intentaba el saqueo de la riquísima mina del Socorro, y se pretendía huir con el botín.

Los españoles, buenos jinetes, hostigarían permanentemente a las tres goletas en su huida hacia Maracaibo y se perderían las naves y el tesoro robado.

Y Chester Tramp llegó a una excelente conclusión: fingiendo que se disponía a tomar Arauca, se aseguraría una retirada a cubierto de todo riesgo, ya que Dennis y Cockin mantendrían la tenaza, impidiendo la salida, de las fuerzas españolas.

Tan pronto quedase saqueada la mina del Socorro y cargado el botín en la "Resistance", levaría anclas y partiría hacia el Maracaibo, mientras los filibusteros de Cockin y Dennis, ignorantes de la deserción de su jefe, lucharían incansablemente, sin huir, porque cuando se dieran cuenta del engaño comprenderían también las escasas posibilidades de fuga que les ofrecía el río al no tener retaguardia que les protegiera.

La coletilla final del diario del capitán Tramp era tajante:

"...Es humana ley de sobrevivencia que los cerebros más aptos vivan a expensas de los menos dotados. Los sacrificios de los señores Cockin y Dennis me son impuestos por las circunstancias. Cuando sucumban al debilitarse la tenaza filibustera, les podrá servir de consuelo pensar que en un rincón de la campiña inglesa habrá sobrevivido un retirado y honorable capitán marino en cuyo

hogar no se mencionará para nada los nombres Chester Tramp. La última acción del filibustero Tramp será destinar la mitad del botín conseguido en la real mina española del Socorro a armar un velero que se ocupará exclusivamente de capturar al Pirata Negro. No habría paz en el hogar del marino honorable retirado en Inglaterra sí en el Caribe no oyera el filibustero Tramp los quejidos de agonía del insolente español apodado el Pirata Negro.”

* * *

El Pirata Negro compartía el almuerzo que el asistente del capitán Máiquez servía a su oficial y al vizconde de Almedinilla.

—Quizá consideréis la hora temprana, capitán Lezama—expuso Máiquez. —Almorzar aun no dadas las doce es costumbre propia de esta región. Da tiempo a pasar el calor en confortable siesta… aunque por la proximidad de los invisibles filibusteros no creo que esta tarde pueda nadie dormir la siesta en Arauca.

El puesto de mando del capitán Máiquez al Norte estaba unido por caminos cubiertos abiertos en la tierra con el convento franciscano, de donde a su vez partían otros caminos cubiertos que enlazaban con los restantes tres puestos que defendían los otros puntos cardinales de la ciudad de Arauca.

A las doce en punto el capitán Máiquez depositó rápidamente su vaso lleno de Cariñena que se llevaba a los labios, encima de la mesa, algo bruscamente. Miguel de Almedinilla cogió con el índice y el pulgar la guarda de su espada y, levantándola ligeramente sin sacarla completamente de su vaina, besó la cruz de la empuñadura.

El Pirata Negro secóse la boca con su servilleta y examinó sonriente lo que parecía un fenómeno atmosférico.

En el soleado y apacible día, un horrísono estallido acababa de retumbar por todo el valle de Arauca, y un círculo de llamaradas a equivalente distancia de la ciudad amurallada precedió las explosiones de proyectiles filibusteros en las almenas defendidas por infantes españoles.

Dos obuses estallaron a corta distancia del puesto de mando del capitán Máiquez. El polvo y los hierbajos destrozados aureolaron las figuras de los tres comensales.

—Creo, señores, que la danza ha comenzado—dijo el Pirata Negro, sirviéndose Cariñena—. La tenaza filibustera empieza a morder el hueso inroíble de Arauca.

El capitán Máiquez partió para ir distribuyendo sus órdenes a los artilleros españoles. Miguel de Almedinilla le siguió...

Durante una hora, sin cesar, la artillería filibustera fué abriendo hondos boquetes en los muros de la ciudad... También las granadas españolas marcaban brechas de silencio en las baterías atacantes...

A la una en punto hízose más débil el fuego filibustero, y, abandonando sus posiciones cubiertas por la vegetación y la arboleda exuberante, los capitanes Dennis y Cockin realizaron la segunda parte de su cometido.

Libráronse escaramuzas sangrientas bajo los muros, donde los españoles, efectuando audaz salida, cortaron el avance de los filibusteros. La lucha se generalizó, y a las dos, cuando los filibusteros retirábanse mermados hacia sus posiciones artilleras, los heridos entre muertos confraternizaban en sus gemidos en la llanura que rodeaba los muros de Arauca.

Imprecaciones agonizantes de ingleses, y fervorosas oraciones finales de moribundos españoles, creaban una triste sinfonía en aquel paraje poético, en que la Naturaleza había vertido sus mayores galas. El sol seguía alumbrando indiferente la magna contienda feroz...

El Pirata Negro, en pie, brazos cruzados, iba asistiendo al desarrollo del combate... Admiraba la gallarda resistencia de los españoles... Tichli, el negro cubano sordomudo, sonreía satisfecho ante lo que consideraba el mejor de los espectáculos. Fué alrededor de la una y media cuando respetuosamente apoyó su mano en el antebrazo de su jefe. Y sus ojos, blancos discos en el rostro de ébano, rodaban llamando la atención de su jefe hacia un punto situado al exterior de las murallas...

La real mina del Socorro estaba siendo tomada por asalto, y resultaba imposible a los españoles de la ciudad salir en defensa de la guarnición minera, dada la fuerte trabazón artillera y la compacta tenaza humana formada por los filibusteros de Cockin y Dennis.

Los heridos españoles eran conducidos por los caminos cubiertos hacia el convento, donde los franciscanos atendían a los más graves.

El pavimento de la capilla estaba cubierto de paja y heno, sobre cuyas blanduras reposaban los destrozados por la metralla. Tendido sobre un hacinamiento de paja enrojecida por su sangre, el capitán

Máiquez era atendido por su asistente, que lloraba mientras contenía con lienzos arrugados las hemorragias que brotaban de anchas heridas causadas por la metralla en el pecho del aragonés.

De vez en cuando el capitán Máiquez no podía evitarse un gemido sordo. Pero se apaciguaba al girar la cabeza y ver la resignada expresión tranquila con la que Miguel de Almedinilla, besando la cruz de su propia espada tinta en sangre, agonizaba lentamente.

Un hombre de unos cuarenta años, flaco y calvo, acercóse al capitán Máiquez, portando un saco del que se escapaba un tintineo metálico. Era el cirujano militar Bastos, y sus brazos desnudos hasta el codo ostentaban salpicaduras de sangre, así como su delantal de cuero.

—¡Valor, capitán Máiquez!—dijo, inclinándose sobre el herido —. A Dios gracias, hombre que respira, muerta no está.

—Poco me queda por respirar, pero bastantes filibusteros me han precedido en el camino.

El cirujano examinó las heridas con ayuda de una sonda, operación que hizo muequear atrozmente al aragonés. Después, el doctor efectuó unos hábiles vendajes, y limpió la sonda con frialdad de médico.

—Quiero beber, carnicero Bastos— dijo Máiquez con voz ronca.

—¡Guardaos bien de hacerlo, capitán! Moriríais... una hora antes.

—Una hora de vida no vale lo que dos vasos de Cariñena. ¡“Maño”!—y el asistente se puso en pie al oír la voz aún enérgica de su oficial—. Trae el frasco y no derrames gota por el camino.

El cirujano encogióse de hombros y se acercó al vecino herido.

—¡Diablos, señor!—dijo con su insensibilidad de médico—. ¿Cómo podéis resistir tan atroz corte sin quejaros?

Miguel de Almedinilla sonrió débilmente y oyóse un leve silbido; era el aire que salía por la garganta abierta del ex franciscano al respirar. De sus labios y por la llaga brotaba una espuma sanguinolenta.

—Tienen... experiencia en cortar... esos filibusteros, “maestro” Bastos. Casi tanta como vos...

Fué la última broma del vizconde de Almedinilla. Su cabeza cayó hacia atrás y la espada formó una cruz sobre su cadáver...

Pero el asistente aragonés no podía cumplir su cometido, porque una granada filibustera segó su vida, y el vino de Cariñena se desparramó por el suelo, confundiéndose con la sangre del malherido.

El capitán Máiquez pedía que le dieran de beber; pero nadie le atendía por no apresurar su muerte, según había advertido el cirujano.

El Pirata Negro entró en la capilla y sentóse junto al capitán Máiquez después de haber cerrado los párpados de Almedinilla.

—Eso va bien, capitán Máiquez... Dentro de tres horas a lo sumo vuestros compatriotas habrán fundido la tenaza filibustera.

—Gracias, capitán Lezama. Dadme vino...

El Pirata Negro cogió la cantimplora que pendía al costado de un cadáver yacente al otro lado del capitán Máiquez. Aplicó el gollete en los labios del aragonés.

—¿Qué hacéis?—se exclamó Bastos, pasando de nuevo por allí —. Si bebe morirá antes...

El Pirata Negro siguió vertiendo vino entre los labios del moribundo, que guiñó complacido.

—¿Qué importa, matasanos?—replicó Lezama—. Cada uno debe morir a su gusto, ¿no es cierto, capitán? Lo que siento es no poderos ofrecer un vino mejor.

—Sois hombre galante, capitán Lezama — bisbiseó Máiquez, tras haber bebido un largo sorbo—. ¿Es cierto que en Arauca no entrarán los filibusteros?

—Tengo experiencia en estas lides, y os doy mi palabra de hombre que antes de media tarde el combate estará resuelto a favor de España.

Un franciscano vino a arrodillarse junto al capitán Máiquez.

—Te suplico, hermano, que te prepares a bien morir—rogó humilde.

—En la muerte llevo pensando desde que ser soldado elegí, padre mío. No necesito exhortaciones para prepararme a bien morir.

—Sufres... y pronto cesarás de sufrir. ¿Quieres tú, hermano mío —preguntó el franciscano, dirigiéndose al sentado Pirata Negro—, acompañarme de rodillas para rezar por el más valiente de los aragoneses?

El Pirata Negro obedeció por vez primera en su vida a un mandato ajeno. Arrodillóse.

—Gracias..., caballero Lezama—susurró sonriendo el heredero de un marquesado español—. Hincado de rodillas... sois más grande...

Fueron las últimas palabras del capitán Rafael Máiquez...

El intenso bombardeo de las murallas continuaba, cuando, montando en sendos caballos fogosos el Pirata Negro, y Tichli salieron al galope de la ciudad. Lanzados directamente hacia una gran brecha silenciosa creada por los cañones españoles, poco después descendían por la escarpada pendiente del Bucaramanga. Remontando por tierra, entre la selvática ribera del río, vieron a lo lejos la silueta del "Resistance" que a toda vela huía de la comarca donde los estampidos seguían resonando.

Los dos jinetes prosiguieron galopando hacia el Norte..., hacia el Maracaibo, que era también hacia donde el "Aquilón" se dirigía...

A las siete de la tarde los filibusteros dirigidos por Robert Cockin y Dennis intentaron un último y desesperado asalto. Desde las cinco un ventarrón acompañado de chaparrones ecuatoriales habíase desatado. Hundidos en el fango hasta las rodillas y acribillados por la lluvia, que mojando sus pólvoras les obligó a combatir al arma blanca, luchaban con la energía de los condenados a muerte.

Había ya corrido la voz de la traición del capitán Tramp, que había huido con el botín saqueado en las minas del Socorro. Y también había circulado la orden de que la única posibilidad de salvación era vencer la última resistencia española, ya que sin retaguardia para cubrirles no podía pensarse en huir en las goletas, que ofrecerían mortales blancos a la persecución por las dos riberas de los jinetes e infantes españoles.

De súbito, los españoles supervivientes hicieron una audaz salida en tromba.

El aire se pobló de maldiciones inglesas, en las que horrendas blasfemias deseaban la peor de las muertes al "traidor Chester Tramp".

Las invocaciones españoles medievales: "¡Santiago y cierra España!" fueron aumentando en diapasón a medida que aminoraban las guturales exclamaciones filibusteras.

Aplacóse el ventarrón y el aguacero... Los tintes del crepúsculo

enmarcaron las siluetas de los franciscanos arrodillados en muda plegaria fraterna e indistinta que rogaba tanto por los muertos españoles como por los cadáveres filibusteros...

Reinó el silencio, turbado sólo por el aleteo de buitres que aguardaban su festín nocturno...

Arauca quedaba en poder de los doscientos supervivientes españoles...

CAPÍTULO X

Usanza de guerra y mudanza de fortuna

El “Resistance” avanzaba cautelosamente por el río, protegido desde tierra por avanzadillas de escuchas-espías. Divisábase ya en el amanecer la gran extensión del mar interior Maracaibo, cuando el capitán Chester Tramp seguía escribiendo en su diario:

“…Y todo ha salido tal como planeé. Las minas del Socorro me han proporcionado treinta sacos de esmeraldas en su gangosa cubierta de tierra, sin lapidar. Era el fruto de la excavación del mes, que aún no había sido retirada de la mina. Hecha la lista de reparto, me enorgullece estar en condiciones de dar a cada uno de mis filibusteros un valor en gemas equivalente a bajo precio a una suma de veinte mil piezas de a ocho en oro. Cien mil me han correspondido por cerebro director. Los señores Cockin y Dennis cumplieron su misión.”

Fué en el puente de mando que, al divisar las cercanas aguas del Maracaibo, Chester Tramp respiró con amplitud el próximo aroma salino. Pensaba que habían sido innecesarias sus precauciones de destacar a tierra avanzadillas de filibusteros como salvaguardia contra un posible ataque del Pirata Negro.

Pero por entre la selva donde en la angosta canal del río avanzaba el “Resistance”, sonó la señal de alarma convenida por Chester Tramp y sus avanzadillas. Dos disparos espaciados al aire…

—¡Zafarrancho de combate!—gritó Chester Tramp—. ¡Enemigo a la vista!…

Era una expresión convencional, porque, en realidad, a la vista no se percibía la menor señal de amenaza ni de enemigo…, y eso era lo que más molestaba al honorable capitán Chester Tramp, que acechaba en vano las dos riberas…

* * *

La galopada frenética del Pirata Negro y su segundo piloto alcanzó, anochecido, a la mole velera que avanzaba entre las tinieblas.

“Piernas Largas”, en compañía de “Cien Chirlos”, pasaron al camarote donde el Pirata Negro aguardábales.

—Bien, mis valientes. Grato es para capitán saber que sus segundos cumplen razonablemente. Me avergonzaría preguntaros si fuisteis vistos por los filibusteros. Es este terreno en el que sabría ocultarse el más bisoño de los pescadores de tortugas. Infórmame de tus medidas, andaluz.

—Cuando la goleta “Resistance” destacó tipejos en espía, retrocedí, y cuando vi la goleta zarpar disponiéndose a remontar el río sin aguardar a por más candela que la que ya estaban atizando los de la ciudad amurallada, vine a bordo.

—¿Y tú, “Cien Chirlos”?

—Era el momento en que debía ordenar lo que tú me dejaste dicho cuando te fuiste con Tichli, señor. Todo trapo al Maracaibo y allí esperarte. A todos los tripulantes nos ha alegrado que pisaras cubierta antes de lo esperado.

—Sois fáciles de alegrar, guapetón. Porque trabajo os espera. Advierte a todos mis valientes que remonta el río goleta cargada de esmeraldas. Hay también los cofres repletos del honorable filibustero Tramp, que, traicionando a sus hombres, piensa llegar libremente al Maracaibo. Pero así como eligió esa traidora tierra, donde las emboscadas son fáciles, sin pensar en que yo tras él sería mosquito zumbador de picada definitiva, así también la boca del Maracaibo se lo va a engullir. Atiende, “Cien Chirlos”: tú y Tichli, cuando empiece a zumbar el mosquito, sólo tendréis un pensamiento grabado como hierro candente en todo el cuerpo. Necesito vivo y sin daño alguno al jefe filibustero. Lleva al cuello cadena de oro y nave adiamantada. Será para vosotros dos, si lo laceáis con esmero y lo quitáis de cubierta de su goleta. El río, al llegar a la boca del Maracaibo, tiene sus riberas muy juntas. Hay gigantes palmeras de anchas hojas, tras las cuales caben ocultos muchos perillanes. Tichli y tú suspenderéis de vuestras diestras sendos látigos “rompecabezas”… Necesito vivo y sin rasguño al muy honorable Chester Tramp. Atiende tú ahora, andaluz.

Desartillaremos el velero, y copiaré la experiencia guerrera del filibustero. Diez cañones por ribera ocultos entre la vegetación. Ordena también a los cebadores que preparen mis "cucuruchos". Te llevarás a los artilleros contigo, y si queda a flote la "Resistance", tú y los artilleros, por torpes, iréis al fondo del río amarrados a los cañones. Ved tan sólo de acallar las baterías y derribar las velas; haréis los boquetes en el casco cuando mis peleones hayan deslastrado la cala inglesa de su botín.

Próximo ya el amanecer, la selva venezolana despertóse en gorjear de pájaros. No se veía alteración en la magnífica floresta tupida. Quizá algunos simios castañeteaban los dientes, excitados ante la invasión de extraños seres que usurpaban sus sitios entre las ramas de los gigantescos y copudos arbustos, entrelazados por lianas.

Algún que otro oso hormiguero huyó escondiendo su pardo pelaje entre la enmarañada selva, para estudiar desde allí, intrigado, a los desconocidos y nuevos habitantes de sus dominios, que desde la medianoche parecían estar buscando hoyos hormigueros. Pero debían ser inexpertos, ya que ahondaban demasiado, y en las zanjas colocaban largos cilindros metálicos de chata base, cubriendo el todo con ramaje. Pero seguían varios de ellos en el interior, bajo la hojarasca.

También otros nuevos pobladores de la selva cavaban hondas aberturas, dejándolas cubiertas de espeso hierbajo tras haber dejado en sus fondos barriles de los que salía una mecha que, serpenteando, era sostenida en el otro extremo por un pirata.

A las cinco de la madrugada el Pirata Negro murmuró en voz baja:

—A gran señor, gran honor. En verdad, honorable Tramp, si tu apellido en inglés significa "errante", fáltale en español una letra para suscitar idea de ardid. ¿Qué menos que españolizar el recibimiento que preparo?

* * *

—¡Arríen lanchas!—ordenó Chester Tramp—. ¡Grupos de combate en tierra!...

La disciplina imperaba en la "Resistance". La operación de descolgar los lanchones con sus grupos en ellos fué efectuada prestamente. Sólo quedaron a bordo los artilleros tras sus piezas, el

timonel, los hombres de vela y cinco contramaestres.

—Vos, señor Chelsea, mandad el grupo de exploración de la ribera izquierda. Partid. Vos, señor Hampstead, mandad el grupo de exploración de la ribera derecha. Partid. Debéis ambos asegurar la libre salida de la "Resistance" al mar abierto.

Chester Tramp, con impasible rigidez de marino británico, dió sus órdenes al cabo de navegación, y entró en la lancha capitana para ir a tierra.

Lentamente seguía su avance la goleta. Por ambas riberas y cien metros delante de la "Resistance" los grupos de choque de la nave iban abriéndose paso entre la vegetación a machetazos.

Chester Tramp, espada en mano, seguía en retaguardia, controlando la metódica operación. Cuando rasgó los aires la explosión de las bocas de fuego ocultas en zanjas, cogiendo entre dos lenguas de llamaradas la estructura superior y el velamen de la goleta, Chester Tramp palideció de ira.

Sabía que, pese a su superioridad, estaba en condiciones desventajosas.

Tarde era para meditar que si hubiera sabido que el Pirata Negro seguía la misma ruta, no habría aventurado a su flota en aquellos parajes traidores.

Alzó la espada, gritando la orden de avanzar a paso rápido. La humareda de pólvora de los cañones atrajo a los filibusteros de tierra. Desde a bordo de la goleta los artilleros replicaban con fuego graneado... En la selva estallaron los primeros disparos de arma corta y mosquetones.

En las dos riberas, los filibusteros corrieron blandiendo sus sables hacia los pequeños grupos de tres hombres que, tendidos en el suelo, atrevíanse a dispararles pretendiendo locamente detenerles.



Uno tras otro iban cayendo...

Unos tras otros iban cayendo en las “trampas terreras”, por donde la mecha culebreando encendida prendía fuego en los barriles cargados de metralla, que estallaban con todo el contenido humano de filibusteros que habían entrado en el falso suelo de ramaje abierto sobre los fosos...

Chester Tramp sintió de pronto que alrededor de su cuerpo se enrollaba una extraña serpiente desconocida que parecía estar suspendida de lo alto de un árbol...

“Cien Chirlos” y Tichli, ocultos en lo alto de la palmera, tiraban con todas sus fuerzas del látigo “rompecabezas”, que a la vez habían laceado al pasar bajo ellos el jefe inglés.

Chester Tramp quedó colgado en el aire, inmovilizados sus brazos y piernas, fuertemente asido el cuerpo en las varias vueltas de las anchas correas terminadas en plomos.

De las copas de los árboles iban saltando sobre los supervivientes filibusteros parejas de piratas, que, al caer, presentaban como primer contacto la punta de sus sables y puñales...

El combate de lobos entre lobos iba tocando a su fin...

El Pirata Negro alzaba sobre su cabeza, en sobrehumano y

hercúleo esfuerzo, barriles de cien kilos, cuya cabida estaba amasada con pólvora y guijarros afilados y trozos de hierro.

De un orificio de la cubierta del tonel pendía una mecha; entre los dientes soportaba otra mecha encendida, a la cual aplicaba el extremo del cordón trenzado e inflamable del tonel. Eran los “cucuruchos” de su especial invención.

Lanzados a lo lejos sembraban la muerte entre los grupos que avanzaban, y amenguados cada vez más por los sucesivos y astutos ataques combinados de los pocos piratas, pronto inicióse una desbandada, tras la que corrían con feroces alaridos los piratas, hincando en felinos saltos de fieras enardecidas sus puñales en las gargantas y nucas enemigas...

De la “Resistance”, escorada a banda, iban sacándose los cofres y sacos... Nuevos disparos hicieron escorar a la otra banda la goleta, que de nuevo rebrincó como herida de muerte al recibir en su carena una postrer andanada... Hundióse lentamente la goleta almirante de la que había sido la flota filibustera de Chester Tramp.

* * *

En cubierta del “Aquilón”, navegando ya a toda vela por el lago Maracaibo hacia el Caribe, Chester Tramp, impasible y desdeñoso, mantenido en pie contra el mástil central por las correas que “Cien Chirlos” habíale hincado en la cintura, alrededor de los brazos y en los tobillos, vió detenerse ante él al Pirata Negro.

Cortésmente, Carlos Lezama saludó al modo pirata, llevándose la mano derecha al hombro izquierdo e inclinando levemente la cabeza.

—Señor Chester Tramp—le saludó, —usanza de guerra.

—Y mudanza de fortuna — replicó altivamente el jefe filibustero —. Puedo afirmaros que me sirve de consuelo pensar que, si he perdido, sé perder, y reconozco que os menosprecié, porque, de haber sabido que me seguíais los pasos por el río, no habría entrado en el Maracaibo. No saquéis orgullo de vuestro triunfo, porque cualquier otro piratucho en las mismas condiciones, habría vencido, no ya a toda mi flota, sino a doble y más fuerte. Las selvas de Venezuela han sido traidoras.

—No tanto como vos lo habéis sido para vuestros propios hombres, honorable. ¿Os cabe alguna duda de la suerte que os reservo?

—No—y sonrió levemente el inglés. —Os odio, mi joven amigo, y si las tornas fueran otras, sé muy bien la suerte que yo os reservaría.

—Ya recuerdo que hablasteis de quejidos que el Caribe oiría. Está terminando la lección de modales que quiero daros, capitán Tramp. Si vos pensabais torturarme, yo me basto con la tortura que en vuestro cerebro hay al pensar que toda vuestra flota ha perecido, para llevaros de Arauca esmeraldas que mis hombres se repartirán como premio a haber ayudado a los españoles. Me habéis matado la mitad de mi tripulación. Quédanme sólo veintitrés valientes. A más tocarán.

—Reflexión que también yo me hacía al pensar en mis filibusteros muertos. Abreviad, mi joven amigo. Es vergonzoso para mí, que fuí jefe de la Armada británica, verme atado y sin armas en velero pirata.

—Me gustan los hombres que saben esperar con soberbia valiente la muerte. ¿Cómo preferís ir a rendir cuentas a los millares de cadáveres que os aguardan?

—Os reputan espadachín invencible y no os sintáis gallardo jugando conmigo como leopardo con zorro. Sé que a otros les habéis dado espada. No la quiero. ¿No tenía yo horca preparada en mi barco para vos? ¿No tenía yo verdugo con torturas sabias que os aguardaba? Haced lo mismo conmigo. Os quiero demostrar que yo no daré a las olas del Caribe ocasión de que manden ecos de mis gemidos.

—Dicen que llevabais en el cinto "puñal de gracia" que a vuestro cuello destinabais si perdíais. Habéis perdido. ¡Tomad!

A los pies del jefe filibustero tiró Lezama el puñal de oro y esmeraldas. Señaló las correas que lo inmovilizaban a "Cien Chirlos".

—Desátalo, guapetón. Pero antes lo prometido es deuda. Cógele la cadena de oro y su nave. Perfectamente. Aprended, honorable, que si vos deseabais verme torturar, y aun más estúpidamente quisisteis oírme pedir clemencia, yo soy mucho más elegante que vos, si no en hábito, en temple. Demostradme que sois digno de morir a la usanza de los marinos británicos, que no quieren caer prisioneros...

Chester Tramp inclinóse, recogió del suelo su propio puñal y

apoyó la punta en su garganta, apartando antes con ella la gorguera de encajes.

—Os pido excusas, mi joven amigo. Os odio infernalmente..., pero estimo que mereceríais haber nacido inglés.

El Pirata Negro lanzó una burlona carcajada admirativa.

—Debe ser éste para vos el mayor elogio que habéis tributado. Gracias, honorable. ¿Deseáis sepultura en tierra o en mar?

—Os agradeceré pongáis epitafio en mi tumba..., que no sea demasiado insolente, mi joven amigo. ¡Buena suerte y que sepáis perder como un caballero inglés sabe perder!

La última palabra fué más alta que las demás, pero sin variar en su serena entonación. El “puñal de gracia" hundióse sin vacilación en el cuello del muy honorable Chester Tramp, que mantuvo su diestra apoyada en su propia barbilla mientras de su garganta brotaba la sangre a borbotones...

Sus ojos se clavaron fijamente en las pupilas del Pirata Negro, que, brazos cruzados, le vió tambalearse y por fin caer de bruces sobre la cubierta del “Aquilón”.

Hincado en un cuadrángulo de tierra frescamente removida, un madero vertical sostenía en la margen de entrada del Maracaibo una pancarta que decía:

“Aquí yace un valeroso inglés filibustero llamado Chester Tramp. A él y a toda su flota yo los enterré..”

”El Pirata Negro.”



Notas

[1] Ver 'Rebelión en Martinica'. < <